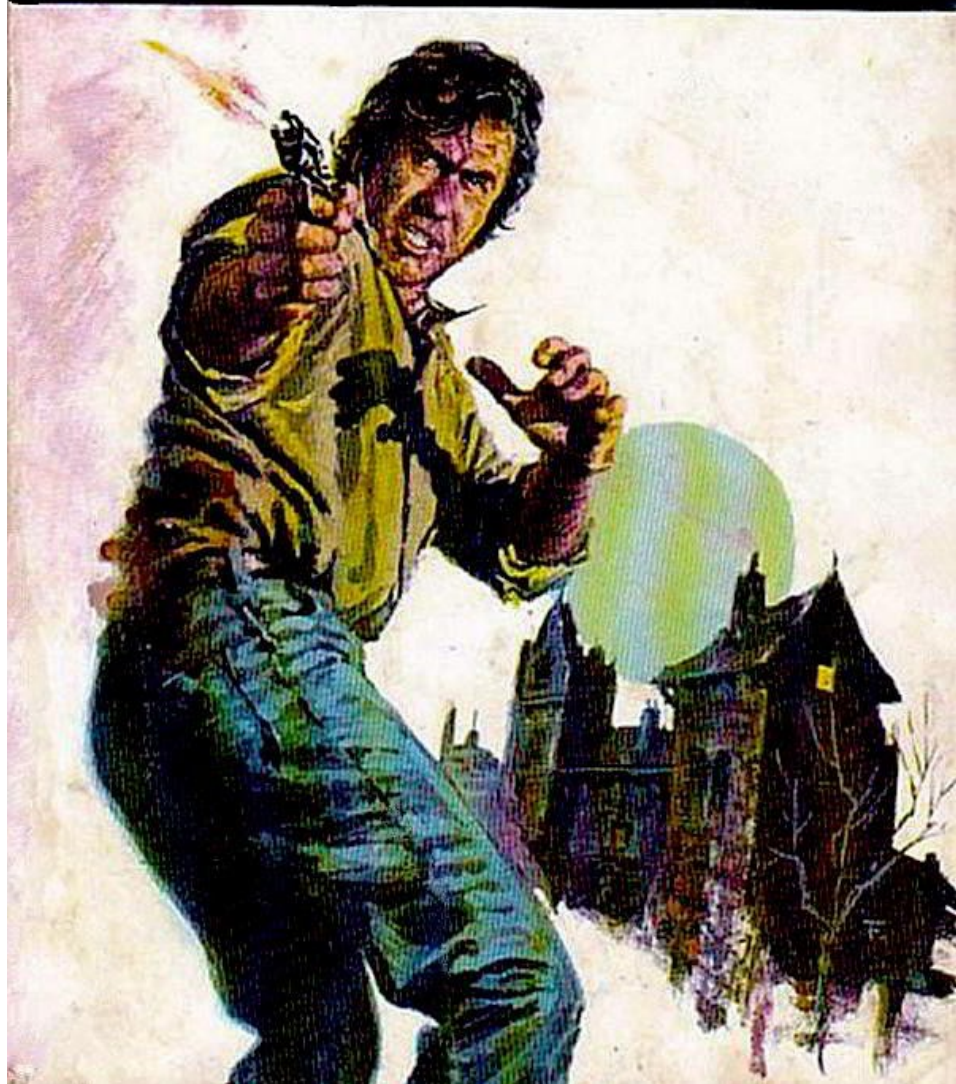


SERVICIO
SECRETO

SS

LOS LOBOS DE CHAUX-LAVILLE

Kelltom McIntire





Kelltom McIntire

Los lobos de Chaux-LaVille

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1562

ePub r1.1

Lds 18.01.19

Título original: *Los lobos de Chaux-LaVille*

Kelltom McIntire, 1980

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

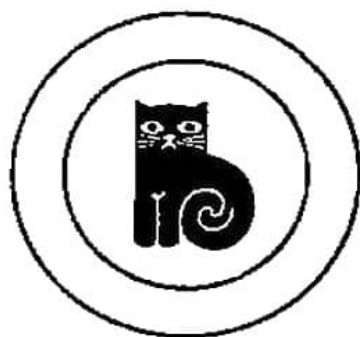
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Eeeeh, Michel! ¡Ven aquí, mira esto! —gritó André, desde lo alto del risco, poblado de espesos matorrales.

Apagué el cigarrillo que estaba fumando, recogí mi «Winchester» de repetición, y caminé pendiente arriba sin prisas.

—¡Vamos, vamos, apúrate! —chilló André, nervioso.

¿Qué era lo que quería enseñarme? ¿Un nido, un cepo para zorros, alguna especie rara de roedor...?

André era un apasionado de la caza. Cuando se abría la veda, contaba los días que faltaban para el domingo con una ansiedad indescriptible. Pero para mí, hombre de gran ciudad, la caza no significaba más que unas horas o unos días de evasión.

Él se había encargado de obtener la licencia, el carné de socio del coto, la escopeta, todo lo necesario. Era un gran amigo, este André Cullaz, joven delineante de veinticuatro años, que se encontraba más a gusto en los montes abruptos que en la moderna y confortable oficina en la que trabajaba.

—¿Vienes de una vez o no? —Tornó a gritar, impaciente.

Oí el gañido de «Mosca», el perro de André.

«Ya sé lo que ha ocurrido —pensé, morbosamente—. Ha errado los dos últimos tiros y... se ha cargado al pobre can».

Rodeé una gran mancha de matorrales espinosos y seguí escalando la ruda cuesta.

André estaba a unos metros, en mitad del abrupto risco, gesticulando y murmurando algo que no pude entender.

Cuando me aproximaba, olfateé el aire, disgustado. ¿De dónde provenía aquel olor nauseabundo?

Escupí sobre una mata de aulagas y me apresuré.

«Parece que André ha encontrado algo más que un nido de

siones —me dije—. Probablemente, la carroña de alguna alimaña».

Cuando llegué junto a mi amigo, le hallé pálido y crispado. Señaló perentoriamente algo que se ocultaba a mi vista y salvé los pocos metros de distancia que nos separaban en un par de saltos.

Miré.

Era horrible. No se trataba de una alimaña, sino del cuerpo de una persona. Un cadáver *parcialmente devorado*.

No quiero recrearme en la descripción del aspecto que presentaba aquel cuerpo, pues cada vez que lo recuerdo vuelvo a estremecerme de repugnancia y de miedo.

«Mosca», siempre aguerrido en el monte, estaba a los pies de André, gañendo miserablemente. Se estremecía, temblaba tan intensamente que movía a compasión.

—Vámonos —dije—. Hemos de denunciar esto al sargento Dumier. Esa pobre mujer pudo ser asesinada. Aunque las alimañas se hayan encargado de destrozarse su cuerpo.

André vaciló. Aunque lívido y descolorido, contemplaba el cuerpo femenino con gran atención.

No pude calcular atinadamente la edad de aquella pobre mujer: su rostro negruzco no permitía adivinaciones, pero me pareció que no pasaría de los treinta años. Había jirones de un vestido azul, materialmente destrozado. No vi ropa interior, pero sí un zapato de tacón bajo, apto para caminar por el monte. Faltaba el del pie derecho.

—No creo que la asesinaran —observó André, demudado—. Mira su cuello... ¡Parece desgarrado de una feroz dentellada!

Era cierto. Yo había visto numerosos cadáveres, pero ninguno tenía el espectro de aquél, salvajemente destrozado a mordiscos. Como André había apuntado, la garganta de la infeliz mujer estaba abierta con algo que, en efecto, parecían colmillos.

—Creo que tienes razón —asentí, aunque yo no era un experto en dentelladas.

Calculé que no iba a ser muy fácil identificar a aquella mujer. Le faltaba la mano izquierda y la derecha mostraba los dedos descarnados. ¡Trabajo iba a tener el sargento de gendarmes Dumier! Probablemente, el sargento se vería obligado a pedir la ayuda de la policía de Bantres.

—¿Qué te parece? —André me dirigió una mirada ansiosa—. Tú

eres un policía.

Sonreí. Probablemente, como muchas otras personas, André tenía grabada en su mente la estereotipada imagen del policía infalible, capaz de señalar al culpable con sólo observar un cadáver.

—¿Qué puedo decirte? —respondí—. Se ve que es una mujer, entre veinticinco y treinta años. Mi opinión es que, probablemente, sufrió un ataque de tipo sexual (la falta de prendas íntimas). El hombre que la atacó, la asesinó. Los asesinos sexuales suelen matar a sus víctimas, para impedir que los denuncien... Después... debió transportarla hasta aquí, abandonó el cadáver y las alimañas del monte hicieron el resto.

Encendí un cigarrillo para aminorar la repugnancia que el intenso hedor me producía.

André pareció muy decepcionado al escuchar mi opinión. No era extraño: mi amigo estaba todavía en esa edad en la que se prefiere una aventura fantástica a la rutina diaria.

—Pues si quieres saber lo que yo pienso...

—Muy bien. Dilo.

—Creo que esta infeliz fue atacada por... un lobo —murmuró mi amigo, brillantes los ojos de excitación.

Sentí ganas de soltar una carcajada, pero me contuve para no ofender a André.

—¿Lobos en esta comarca? Hace treinta años que fueron aniquilados por los ganaderos —repliqué—. Utilizaron todos los medios: trajeron alimañeros españoles que colocaron cebos envenenados, cepos y trampas. No... No quedan lobos en los alrededores de Chaux-la-Ville.

—Basta con un solo ejemplar. Algunos se salvarían, es lo que pienso. Y no hay nada más peligroso que un macho solitario. Ejemplares de esta clase han atacado muchas veces al hombre.

Arrojé mi cigarrillo al suelo y lo aplasté concienzudamente con la puntera de mi bota. Al mirar al suelo, descubrí una colilla entre las aulagas, me incliné, intrigado, y la cogí.

Pertenecía a un cigarrillo de largo filtro con un anillo dorado. Lo mostré a mi amigo y exclamé, burlón:

—¿Desde cuándo los lobos fuman caros cigarrillos ingleses?

André enrojeció. Pero no era persona que se rindiera fácilmente y adujo:

—¿Qué importa eso? La mujer pudo fumarse un cigarrillo antes de...

—¿De ser atacada por el lobo?

—¡Sí! ¿Por qué no?

—Vamos, amigo mío. Lógicamente si la mujer se encontraba aquí cuando el lobo la atacó, intentaría huir, ¡se alejaría corriendo! Por lo menos unos metros. Pero tú pretendes que ella terminó de fumarse tranquilamente su cigarrillo y aguardó, impávida, la llegada del lobo que *debía matarla aquí mismo*.

Amoscado, André calló. Pero luego confesó noblemente:

—Bien, no parece que fuera así como sucedieron las cosas. ¡Pero ese cuello destrozado a dentelladas...!

—No te atormentes. El sargento Dumier se ocupará del asunto. Y si no, harán venir a la policía de Bantres —le dije.

Y palmeé afectuosamente su espalda.

Mi amigo tranquilizó a su perro (que seguía gañendo como un cachorrillo), recogió su escopeta del suelo, y se apartó de allí, pues yo descendía pausadamente la pendiente.

—Me desilusionas, Michel —dijo, cuando llegó a mi altura, con la escopeta cruzada sobre el hombro.

—¿Por qué? —me extrañé.

—Imaginé que mostrarías mayor interés por el cadáver de esa infeliz. Creí que tratarías de resolver el enigma...

Sonreí.

—Mi querido André, durante once meses del año me veo obligado a desentrañar enigmas por obligación. Ahora que estoy lejos de París, que puedo gozar de unas tranquilas vacaciones, ¿crees que debo alterar mi descanso para entrometerme en algo que no me importa? El asunto es de la competencia de Dumier.

Mi amigo carraspeó.

—Tal vez tengas razón, pero... me hubiera gustado estar junto a ti, comprobar cómo solucionabas el caso.

—Vamos, vamos. Regresemos. Se está haciendo tarde... ¡Mira esos nubarrones! Dentro de poco comenzará a diluviar. O quizá nieve, porque el frío es intenso ya y en estas alturas...

Caminábamos a buen paso hacia el lugar donde habíamos dejado nuestro coche, un «Citroën-Mehari» muy apto para viajar por el monte.

Subimos al coche y emprendimos el regreso. Nuestro botín de caza era exiguo: un par de gazapos y una liebre. Verdaderamente, los abusos de los cazadores estaban despoblando el monte de caza.

Pronto se puso a llover. Era agua muy fría la que caía — aguanieve—, que pronto se transformó en los primeros copos que veíamos aquel año.

Cuando alcanzamos la carretera, veinte minutos más tarde, una verdadera nevada se abatía sobre la comarca.

Llegados a Chaux-la-Ville, nos dirigimos directamente a la gendarmería y nos entrevistamos con el sargento Guy Dumier, jefe del puesto. Le dimos cuenta de nuestro hallazgo y Dumier se apresuró a ponerse en contacto telefónico con el médico forense y el juez.

—¿Les importaría acompañarnos a ese lugar? —invitó Dumier—. Su ayuda nos ahorraría tiempo. Está anocheciendo.

Por mi parte prefería acercarme a Chez Fabré e ingerir un café caliente y un par de coñacs y así lo dije.

—No tiene pérdida: está en la falda Sur del Coll d'Ambrasse

. Pero seguramente André se prestará gustoso a acompañarles —añadí.

A mi amigo le relucieron los ojos de intensa excitación. En efecto, para él la aventura aún no había terminado.

CAPÍTULO II

A las ocho y media, André se reunió conmigo en la acogedora taberna de Leopold Fabré.

No había cedido su animación interior. Al contrario, ahora parecía aún más excitado y parlanchín.

Pedí para él un café doble bien caliente y un coñac. Mientras tomaba el café a pequeños sorbos, me confió:

—El doctor Thioller tardó apenas cinco minutos en identificar el cadáver.

—¿Quién era la mujer? —pregunté.

—Marceline Charrière, una joven de unos veintiocho años. Solía frecuentar el monte: ella y su madre viven de la venta de hierbas medicinales y aromáticas, que precisamente abundan por allí. Marceline faltaba de su casa desde una semana atrás y su madre había denunciado la desaparición a Dumier.

—Estás muy bien informado —exclamé, con admiración—. Y puesto que es así, dime: ¿cómo consiguió el doctor Thioller identificar el cadáver? Tú y yo comprobamos que le faltaba una mano y mostraba descarnados los dedos de la otra...

—Muy fácil —respondió, triunfal—. Thioller reconoció la prótesis dental que colocara a Marceline Charrière hace pocos meses, pues el forense es también un magnífico odontólogo.

—Ajá. ¿Y qué más?

André vaciló.

—Resulta que tú también tenías razón, en cierto modo. Marceline era una joven un tanto...

—¿Frívola?

—Sí. Eran conocidos sus devaneos con varios jóvenes de este pueblo. Se la tenía por una mujer voluble y provocativa. El doctor

Thioller comentó que, posiblemente, Marceline había sido violada. Naturalmente, no podrá comprobarlo hasta que realice la autopsia.

—¿Lo ves? —Me tomé la revancha—. Mi hipótesis se ve confirmada: se trata de un crimen por motivos sexuales.

Pero André sonrió como un zorro. ¡Todavía guardaba una carta en la bocamanga...!

—No creo que se trate de un crimen, aunque Marceline pudo ser violada antes de morir o, sencillamente —se ruborizó levemente—, mantuvo relaciones sexuales con un hombre. Lo cierto es que el doctor Thioller piensa que la muerte de Marceline se produjo por desgarró de la garganta, causado «por los colmillos de un cánido», fueron sus palabras textuales. De todas formas, mañana sabremos lo que ocurrió. Dumier me ha prometido ponerme al tanto de lo que se averigüe, salvando lo que corresponda al secreto del sumario que acaba de iniciar el juez, Bertrand Lussac.

Bebimos nuestros coñacs y fumamos cigarrillos. A través de las ventanas de Chez Fabré se veían caer grandes copos de nieve.

—Todavía no te he dicho lo más importante, a mi modo de ver las cosas —comentó André, enigmático.

—Pues todavía estás a tiempo —respondí, alegre.

—Cuando nos disponíamos a volver, una vez levantado el cadáver e instalado en una furgoneta, escuchamos claramente un aullido lejano. Michel, puedes creerlo: ¡era un verdadero aullido de lobo! Dumier, Lussac y el doctor Thioller estuvieron de acuerdo: *era un lobo*. Y te aseguro que los tres son excelentes cazadores y llegaron a abatir muchos lobos cuando los montes de esta comarca estaban infestados de esas fieras.

A mi pesar, aquella noticia me causó cierta impresión. ¡Los lobos...! Desde pequeño habían influido en mí las terroríficas historias que oía contar a mi tío Claude, relatos relacionados con sus cacerías de lobos en Canadá, donde al parecer abundaban extraordinariamente.

La verdad es que yo no había visto muchos lobos, frente a frente. Y los que tuve la oportunidad de contemplar eran unos animales escuálidos, disminuidos... y se encontraban en las jaulas de un zoológico. Pero las historias de lobos me habían apasionado de forma especial.

Por eso no es de extrañar que aquella noche (mientras

cenábamos en la misma taberna de Fabré), pusiera extraordinaria atención a lo que hablaban los hombres de la tertulia próxima.

La dramática noticia del hallazgo del cadáver de Marceline Charrière, destrozada por los colmillos de un lobo, se había extendido rápidamente entre las sencillas gentes de la localidad.

Aquella noche se contaron varias espeluznantes historias, relacionadas todas con el llamado «rey del monte», alimaña sanguinaria, bestia carn cer, etcétera.

Poco a poco, los ánimos fueron calde ndose. Hasta que uno de los participantes en la tertulia —individuo de cabellos rubios, corpulento y de facciones angulosas— lanzó aquella frase.

— Organicemos una partida! Esa bestia sedienta de sangre es peligrosa: puede atacar y matar a otras personas. Ya sabéis lo que les ocurre a las fieras cuando prueban la carne del hombre: siguen matando seres humanos hasta que unas postas loberas les abaten.

Oí comentarios encendidos. La reunión se anim : prácticamente todos estaban de acuerdo en formar una partida armada para dar una batida en el monte. El más interesado en abatir al lobo asesino era aquel individuo corpulento de cabellos rubios, que vestía una carísima chaqueta de piel.

—Es Jean-Pierre Grancher —me explicó André, que conocía bien a casi todos los vecinos de Chaux-la-Ville—. Se trata de uno de los hombres más ricos de la localidad. Salió de la nada... Se rumorea que consiguió su fortuna con el contrabando. Pero eso es normal aquí: se hace contrabando con Bélgica y con Alemania, además del proveniente de los barcos que descargan ilegalmente en la costa, entre Dunquerque y Boulougne.

Hacia las once de la noche, Grancher pidió los nombres de los voluntarios a participar en la batida, que comenzaría al amanecer del día siguiente. Se apuntaron siete hombres y finalmente también André y yo nos acercamos a la tertulia y pedimos ser incluidos.

Jean-Pierre Grancher nos examinó fríamente de arriba abajo.

— Tienen experiencia en batidas de lobos? —nos pregunt .

—No, pero... —murmur  André.

—En ese caso, quedan excluidos. No podemos arriesgarnos a utilizar novatos —respondió tajante, dando la cuestión por resuelta.

Pero alguien no estaba de acuerdo con la decisión unilateral tomada por Grancher.

Se trataba del farmacéutico, Emile Naudon, que tomó decididamente nuestra defensa.

—¿Por qué no? André Cullaz es un excelente cazador, aunque no tenga experiencia con los lobos. En cuanto al inspector DuBosc, es un policía de París. Es un deber ciudadano admitirle entre nosotros —el delgado Naudon consultó con su mirada los reunidos—. ¿Qué os parece?

La mayoría se manifestó a favor de nuestra inclusión en la batida. Y, resuelto aquel asunto, advertí claramente la hostilidad y el resquemor de Jean-Pierre Grancher.

Tomamos unas copas, en amigable compañía. Pero Grancher se despidió enseguida después de haber especificado bruscamente:

—A las seis, aquí.

Le olvidamos rápidamente, porque lo cierto fue que los amigos de André se mostraron decididamente amables y sencillos con nosotros.

Se habló de los impedimentos legales que podían oponerse a nuestra batida al macho solitario que había destrozado la garganta de Marceline Charrière, a quien la mayoría conocía sobradamente.

—No es ninguna tontería —me explicó André, un tanto preocupado—. Ya sabes la presión, en los últimos años, de los grupos y asociaciones ecologistas: ¡hay que salvar al lobo!, es su lema. Y en cierto modo tienen razón, pues torpemente consiguieron aniquilar al «rey del monte» en pocos años. Ya veremos si no tropezamos con ineludibles contratiempos.

Se refería a que el sargento Dumier o, incluso, el juez podrían prohibir, como representantes de la República, nuestra apasionante batida contra el asesino lobo solitario.

Hubo voces que nos tranquilizaron. Arguyeron que en un caso como éste, nadie se opondría a que batiéramos y diéramos caza a un animal peligroso, demostradamente sanguinario.

Cuando abandonamos Chez Fabré eran casi las doce. Y seguía nevando sin cesar. Las calles de Chaux-la-Ville tenían una buena capa de nieve, pisoteada en el centro. En los rincones se amontonaba el blanco elemento hasta alcanzar en algunos lugares alturas de casi un metro.

André se sentía tan animado como es de suponer. ¡Nada menos que una batida lobera al amanecer...!

Teníamos una regular papalina —conseguida de esta forma: un «pernod» detrás de otro— y André canturreaba cuando llegamos a casa de su tío, el notario de la localidad, *monsieur* Armand Cullaz.

El señor Cullaz nos había cedido, por el plazo que durasen mis vacaciones, el ático de su preciosa y antigua casa en Chaux-la-Ville, que disponía de una entrada directa desde la calle y, por supuesto, de cuya puerta poseíamos nosotros una copia de la llave.

André llevaba ya consumadas tres tentativas de introducir la llave en su cerradura y, finalmente, se la pedí con el fin de intentarlo yo con más suerte.

O mi «trompa» era de proporciones similares a la suya, o la fortuna no me acompañaba aquella noche, pues lo cierto es que finalmente me declaré incapaz de insertar la llave en su ojo.

Así estábamos, bromeando y canturreando *sotto voce*, cuando escuchamos aquellos gritos. Y un poco después vimos venir a una linda muchacha que corría torpemente en nuestra dirección, apretándose una mano, de la que —cuando cruzó bajo el farol de la plazuela— vimos chorrear sangre.

—¡Es Béa Dumier, la sobrina del sargento de gendarmes! — exclamó André, incrédulo.

Béa —Beatriz— Dumier se apoyó un momento en el farol, sollozante y dolorida. Vimos que la sangre que brotaba de su brazo herido teñía la nieve y corrimos fervorosamente en su ayuda.

André la sostuvo por la cintura —me ganó por la mano— y yo tomé su antebrazo izquierdo del que chorreaba sangre. Saqué un pañuelo limpio y me esforcé en enjugar su herida con la mayor delicadeza posible.

Tenía un gran desgarró en la parte exterior de la muñeca. Posiblemente, la herida afectaba a algunos vasos sanguíneos importantes, porque sangraba abundantemente.

Miré de reojo a la muchacha, mientras me esforzaba en contener la hemorragia. Era una joven de fina belleza, cabellos negros y largos que cosquilleaban mi rostro y facciones muy expresivas. Tenías unos ojos oscuros, grandes y un tanto rasgados —no llevaba maquillaje— y unos labios carnosos que ella apretaba con todas sus fuerzas para contener un gemido.

—¿Qué le ocurrió, *mademoiselle* Dumier? —preguntó André, compasivo, al advertir que ella estaba a punto de desmayarse.

—No... ¡no lo sé! —murmuró—. Salía de casa de la señora Thimault, y avancé por el callejón aprisa, por el frío... ¡Y de pronto aquella horrible cosa saltó sobre mí y me derribó!

—Cálmese, señorita Dumier —mi papalina se había esfumado rápidamente—. Ahora está a salvo. Yo... nosotros la protegeremos... Dígame, ¿qué era esa *horrible cosa* que acaba de mencionar? —le pregunté.

Béa suspiró. Su pecho, para ser una muchacha de apenas diecinueve años, se hinchó atractivamente al aspirar el frío aire de la noche.

Vaciló. Pero se apoyó confiadamente en nosotros y la noté más relajada.

—¡No lo sé! —Era una expresión rabiosa, pues parecía avergonzada por haber chillado de espanto—. Oí... como un gruñido, ¡o un aullido! Y luego la terrorífica bestia se abatió sobre mí y caí al suelo. Noté sus colmillos en mi muñeca y... creí que iba a desvanecerme de m... de dolor...

Jadeó. Una de sus redondas caderas entró en tibio contacto con la mía, hecho este que no me disgustó en absoluto.

—¡Siga, *mademoiselle* Dumier! —suplicó André, que seguía sujetándola prietamente (demasiado) por la cintura.

Beatriz se mordió los carnosos y húmedos labios.

—Pues que... ¡lancé un chillido! Y la bestia abandonó su presa y huyó. Luego corrí hacia aquí y ustedes...

El pañuelo estaba empapado en sangre: Béa Dumier sufría una hemorragia importante y comprendí que era necesario llevarla cuanto antes al puesto de socorro. Até, pues, lo mejor que pude mi pañuelo alrededor de su muñeca, la tomé expeditivamente en brazos y corrí con ella en la dirección que mi buen André me indicó.

CAPÍTULO III

Nos envió una mirada de profundo agradecimiento, primero a André —me sentí celoso— y luego a mí.

—Gracias. Han sido muy amables. De no ser por ustedes...

Desde el principio me sentí atraído por la belleza lozana y juvenil de Béa Dumier. Pero en aquel momento experimenté una emoción muy especial, sobre todo cuando la mirada de sus oscuros ojos quedó prendida un momento en los míos.

El sargento Dumier, presente en el puesto de socorro, rugía literalmente.

—*¡Parbleu, inconceivable
c'est*

! ¡Una bestia feroz, campando a sus anchas, *en mi propia jurisdicción!*
—chilló.

Si los conjurados en la batida de caza de la mañana siguiente imaginábamos que íbamos a chocar con la incompreensión legal del sargento Dumier, nos equivocábamos completamente. ¡Era él la persona más interesada en que la terrible fiera fuera abatida cuanto antes!

Porque dejó sentado ahora que enseguida se relacionó al «*macho asesino de la infeliz Marceline Charrière*» con la bestia horripilante que había desgarrados la blanca muñeca de la sobrina del jefe de gendarmes de Chaux-la-Ville. Esto era incuestionable.

El doctor acababa de dar unos puntos al desgarró sangriento de la muñeca de la preciosa Béa Dumier. Le había puesto una vacuna antirrábica, por si acaso, y también le hizo tragar unos comprimidos sedantes.

Luego, su tío, el sargento Dumier, sometió a un breve interrogatorio a su sobrina. Béa dijo, aunque mucho más tranquila,

lo mismo que nosotros ya sabíamos, aunque agregó el siguiente dato:

—La bestia, el animal, saltó desde lo alto. Y enfrente está la tapia de la huerta de *madame* Durand, la profesora.

Para qué más. Dumier hizo que dos de sus gendarmes llevaran a casa a su sobrina —con honda decepción mía— y luego organizó un grupo que registró de arriba abajo la pequeña huerta (huerto, más bien) de *madame* Durand, la más antigua maestra de escuela de Chaux-la-Ville.

A André y a mí no nos dejaron integrar la partida de registro. Debieron notar que nuestros pasos no eran de lo más seguros y optaron por acompañarnos hasta casa. (Sin embargo, a la mañana siguiente tuvimos noticias de que el registro tuvo un resultado infructuoso).

André y yo nos acostamos enseguida —casi la una de la madrugada—. Medio adormilado en mi tibio lecho de la buhardilla, me sumergí profundamente en el sueño, rememorando el dulce rostro de Béa Dumier.

Para mí que apenas había transcurrido una hora cuando unos recios golpes dados en la puerta de abajo nos despertaron. Pero el reloj no mentía: eran las seis y cuarto de la mañana.

André, malhumorado y ojeroso, se resistía a abandonar el cálido y acogedor lecho, pero yo me había vestido ya y no tuve más remedio que verter un vaso de agua en su rostro.

Cuando ambos descendimos con torpeza la empinada escalera, mi amigo murmuraba desabridamente entre dientes. (Es de suponer que estaba maldiciendo al «cochino *flic*^[1] procedente de París».).

Abajo estaba el farmacéutico Naudon, que sin darnos tiempo a saludar nos empujó a su Land-Rover, dentro del cual nos dejamos caer con nuestras escopetas como dos sacos de patatas.

Arrancó, condujo a lo largo de varias de las desiertas y nevadas calles de Chaux-la-Ville y se detuvo ante la fachada de Chez-Fabre.

Dentro había un gran bullicio. Todos charlaban animadamente y se respiraba un ambiente ciertamente épico. De una ojeada, vi numerosos rifles de precisión, aptos para abatir elefantes o rinocerontes, zurroneos, morrales, cestos con comida y un montón de utensilios y aditamentos cinegéticos.

Un aroma fragante de café me impulsó hacia la barra, donde el

gordo Leopold Fabré, el dueño del negocio, trajinaba sin descanso.

Pero el arrogante Grancher dio al traste con mis ansias de saborear una buena taza de café.

—¡En marcha! —ordenó autoritario—. ¡Ya hemos esperado bastante!

Como nos habían impedido utilizar el Citroën-Mehari de André, no teníamos más solución que seguirles, si no queríamos quedarnos en tierra. A partir de entonces, y de una forma decisiva, profesé una intensa antipatía al hombretón que había hecho su fortuna a base del contrabando.

André y yo volvimos al Land-Rover de Emile Naudon. En cuanto al farmacéutico puso en marcha su coche, se volvió a nosotros y nos tendió su petaca de coñac.

—Tomen un trago —dijo, amable—. Siento que no hayan tenido tiempo de desayunar. ¡Había que madrugar...!

André bebió un trago del fuerte licor y palideció. Luego su rostro se congestionó y finalmente expulsó lo que había bebido en un violento acceso de tos. (Era lógico, después de la «trompa» de la noche precedente).

Yo bebí con tiento un primer sorbo y aguanté. Luego volví a beber y aunque el licor me repugnaba, pronto mi cuerpo entró en calor y me sentí mejor.

Era noche cerrada aún, pero los faros del coche nos permitían contemplar una porción del campo nevado. Debía haber caído nieve durante toda la noche, a juzgar por la gruesa capa que ocultaba los sembrados, primero, y los matorrales después, a medida que ascendíamos hacia el monte.

Pero ahora no nevaba. En cambio, debía hacer una temperatura bajísima, pues a través de la ventanilla del farmacéutico, bajaba unos centímetros, penetraba un sople de aire helado.

—Hace frío, ¿eh? —comentó Naudon. Y se apresuró a subir el cristal.

André y yo nos dormimos miserablemente a los pocos minutos, en cuanto la temperatura ascendió unos grados.

Despertamos con brusquedad cuando el Land-Rover de Naudon se detuvo con un frenazo en seco.

—¡Arriba, arriba! Pero ¿qué clase de cazadores son ustedes?

Tomamos nuestras escopetas y abandonamos la cálida

protección del coche a través del portón posterior.

Debían ser las siete. Una claridad, incipiente y lívida, provenía del Este. Pero todavía tardaría mucho en hacerse de día.

Los siete automóviles *todo terreno* que habían transportado a los batidores hasta allí, se habían apiñado en las estribaciones del Coll d'Ambrasse

. Era un pico importante para aquella zona, con unos 1800 metros de altitud. El panorama, a nuestro alrededor, era verdaderamente desolador: una sábana blanca lo cubría todo. Pero lo peor era aquel airecillo, fino como el filo de una navaja de afeitar, que soplaba desde el norte con tozudez inclemente.

Los loberos se habían reunido en un apiñado grupo. Y, naturalmente, era Jean-Pierre Grancher el que llevaba la voz cantante. Estaba impartiendo instrucciones cuando André y yo nos aproximamos.

—... por la ladera Oeste. Y nada de tonterías. Los novatos irán con Emile. Los demás, ya sabemos lo que tenemos que hacer — decía.

¿Qué era exactamente lo que tenían que hacer?

Sin contar con nosotros, el grupo se puso en marcha hacia las alturas. Un hombrecillo llamado Gousquet quedaría al cuidado de los automóviles.

Emile Naudon se unió a nosotros y con un ademán nos invitó a seguirle. Caminamos durante largo rato por la falda del *coll*, en una perfecta fila india.

De vez en cuando llegaban a mí tufaradas de humo de cigarrillos. Había cigarrillos franceses, bien negros. Y también alguien debía fumar rubio americano. Pero había más: un fino aroma a cigarrillos ingleses caros.

Entonces recordé nuestro hallazgo junto al cadáver de Marceline Charrière: una colilla de John Player n.º 5.

Sentí una avidez intensa por saber quién era el que fumaba aquella marca de cigarrillos. Y me adelanté disimuladamente.

Pero en aquel momento, los batidores se dividieron en cinco grupos. Yo debía seguir a Emile Naudon, en mi calidad de novato lobero, pero seguí adelante, olfateando el aire y escrutando la nieve pisoteada con ansiedad... en busca de una colilla de John Player n.º 5.

—¿Adónde va, *monsieur* DuBosc? —gritó el farmacéutico—. ¡Es por aquí!

No tuve más remedio que seguir en pos de él y de André. Pero cuando Naudon tiró la punta de su cigarrillo, la recogí del suelo y la identifiqué... ¡Era un grueso Boyards^[2] con papel maíz...!

De todas formas, y en cuanto André se retrasó una docena de metros, me reuní con él para preguntarle en un susurro:

—¿Sabes quién fuma John Player n.º 5?

Se detuvo un momento para reflexionar sobre mi pregunta. Y respondió:

—No sé. Los aldeanos suelen fumar tabaco negro, pero la gente adinerada prefiere el rubio americano. Sé de algunos que fuman estos cigarrillos, e incluso ingleses: Gerald Koudre, el dueño de la línea de autocares, Paul Saint-Michel, del almacén de carbones, Edouard Millet, de la Banque Du Nord. Quizá alguno más que no recuerdo ahora.

Aquello me dio que pensar. Porque los tres personajes que había citado André como fumadores de cigarrillos rubios precisamente formaban parte de la partida de loberos.

—¿Y Grancher? —insistí.

—¡Se me olvidaba! También él suele fumar cigarrillos rubios, aunque ignoro de qué marca —respondió mi amigo.

Esto fue lo único importante para mí. Porque, por lo demás, la batida de caza resultó de lo más decepcionante.

En pos de Naudon, subimos y bajamos, cruzamos trochas y ventisqueros, descendimos a 1000 metros, hicimos altos que sirvieron para aterimos y... poco más.

A mediodía, oímos la señal de un cuerno de caza y todos regresamos a donde estaban los coches.

Se formaron varios grupos que encendieron hogueras y compartieron abundantes provisiones. André y yo, poco previsores, no habíamos llevado más que nuestras escopetas y nuestras cananas, y nos tuvimos que conformar con un par de bocadillos, pues Emile Naudon, comprensivo, se dio cuenta de que estábamos hambrientos y nada teníamos que llevarnos a la boca.

Por la tarde, hubo otra batida. Igualmente inútil. Aunque alguien declaró que «le había parecido ver huellas de lobos sobre la nieve», lo cierto es que nadie le hizo mucho caso.

Al atardecer, todos subimos a los coches y emprendimos el regreso, ateridos de frío y frustrados, sobre todo André y yo, a quienes nadie había dedicado la menor atención, con excepción del excelente Naudon, el farmacéutico.

Sin embargo, cuando abandonábamos el monte, el farmacéutico frenó violentamente su Land-Rover.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No lo sé —respondió Naudon—. Me he visto obligado a frenar de repente. Los demás coches se han detenido sin previo aviso.

—¡Escuchad, escuchad! —Oí la voz potente de Jean-Pierre Grancher.

Contenidas las respiraciones, aprestamos nuestros oídos. A través del cristal que Naudon acababa de bajar por completo, escuchamos el largo y ululante, empavorecedor, aullido de un lobo.

CAPÍTULO IV

Dormí hasta bien avanzada la mañana del domingo. Después de afeitarme, ducharme con agua tibia y vestirme, salí a la calle.

No podía contar con la compañía de André Cullaz, pues mi excelente amigo había salido de batida al monte, con los demás loberos. Por mi parte, había decidido que las incomodidades de la batida no se veían compensadas por los resultados, razón por la que preferí quedarme en la cama, confortablemente instalado.

A las once de la mañana, la gente, endomingada, salía de misa, procurando caminar sobre el sendero que los empleados municipales habían limpiado de nieve.

De pronto, vi a Béa Dumier. Vestía pantalones, una chaqueta de cuero que afinaba su silueta, calzaba botas de piel y ocultaba su brillante cabellera negra bajo un atractivo casquete de armiño blanco.

Estaba bellísima y no pude resistirme a la tentación de acercarme a ella.

—*Bonjour, mademoiselle Dumier* —la saludé—. ¿Cómo va su herida?

Miró instintivamente su muñeca izquierda vendada y sonrió encantadoramente.

—Muy bien, *monsieur DuBosc*. No he pasado la noche lanzando aullidos de loba —respondió, alegre—. ¿Y su amigo?

—¿André? Siente una terrible obsesión por los lobos y salió de madrugada como un miembro más de la batida. Espero que no nos lo devuelvan congelado —dije, y Béa lanzó una corta carcajada, lo que me permitió admirar su brillante dentadura, blanca y perfecta.

Me hubiera lanzado a estrecharla entre mis brazos y a besar los labios rojos y carnosos. También merecían besarse sus finos

pómulos, arrebolados por el frío, y el esbelto cuello, y...

Me decidí de repente.

—No he desayunado aún, señorita Dumier. ¿Quiere acompañarme a la cafetería Des Chaines? Tengo un enorme interés en hacerle algunas preguntas sobre el incidente de anoche —expliqué.

Béa volvió a sonreír.

—Hace rato que desayuné, pero tomaré con gusto un martini —caminamos juntos plaza abajo—. Su instinto profesional, supongo —añadió, cuando sorteábamos con cierta dificultad al grupo de chavales que se dirigían entre sí inofensivos «cañonazos» de nieve.

—¿Cómo...?

—Mi tío me dijo que usted era un policía de la Securité, en París —dijo ella—. Debe ser emocionante, ¿no?

—¿Qué?

—Su profesión. Siempre resolviendo casos difíciles, desentrañando misterios apasionantes...

Sonreí. Mi trabajo no era tan apasionante. Un policía de París tiene que ocuparse, con demasiada frecuencia, de resolver casos sórdidos y desagradables, amén de poner su vida en peligro más a menudo de lo deseable.

Sentía un agradable cosquilleo interior cada vez que el tibio cuerpo de Béa entraba accidentalmente en contacto conmigo mientras caminábamos.

—Lo verdaderamente apasionante es el asunto de ese lobo solitario que mató a Marceline Charrière, ¿no cree?

Béa se estremeció. Sin duda, acababa de recordar el incidente del que fue protagonista la noche anterior.

Entramos en el agradable y moderno local de Des-Chaines y ocupamos una mesa. Una jovencísima camarera tomó nuestros encargos: un martini seco para Béa, café con leche y *croissant* para mí.

—Dígame —rogué—, ¿qué aspecto tenía el animal que la atacó anoche? Dudó. Entretanto, probó un sorbo de su martini, frunciendo los labios en un mohín que se me antojó encantador.

—Apenas pude verlo, pero ¡oh, sí, era enorme! Yo peso unos sesenta kilos y soy una mujer nada blandengue —me dijo que practicaba con frecuencia la equitación, el remo y también la

gimnasia, la natación y el esquí—. Y sin embargo, me derribó con temible facilidad...

—Reiteradamente, la he oído referirse al animal que la atacó como *la bestia*... ¿Por qué? —quise saber.

—Porque gruñía como una fiera, hedía y... No sé... Había algo de bestial en su ataque —respondió, entre sorbo y sorbo de martini.

—¿Qué aspecto tenía?

—¡Fue todo tan rápido! Oí su jadeo y luego caí. Enseguida sentí mi carne desgarrada y chillé de dolor y de miedo. La bestia... Bueno, el animal, huyó. Vi una masa peluda que se alejaba veloz.

—¿Podría jurar que se trataba de un lobo? —inquirí, observando su reacción.

Vaciló.

—No estoy segura. Desde luego, me pareció un animal corpulento, mayor, incluso, que un lobo —respondió.

Mientras tomaba mi desayuno, reflexioné sobre las declaraciones de Béa Dumier acerca del animal que la había atacado:... *gruñía como una fiera, hedía*...

Naturalmente, los lobos no huelen a Chanel-5. Pero me sorprendía enormemente que un lobo solitario hubiera osado bajar a Chaux-la-Ville y atacar a un ser humano en una calle medianamente iluminada, por lo que planteé aquel asunto a la guapa sobrina de Dumier.

—Sí, es raro. Aunque he oído narrar muchas veces a la gente mayor de este pueblo que, hace veinte años, los lobos abundaban tanto en los montes de Ambrasse que a menudo las fieras, hambrientas, descendían hasta Chaux-la-Ville, acuciadas por la nieve y el hambre. Tampoco ahora abunda la caza en los montes, diezmados por los cazadores, y todo está cubierto de nieve...

Hizo una pausa, pensativa. Y sacó cigarrillos rubios, de los que me ofreció uno, que acepté de buena gana.

—¿Sabe? El carácter de las gentes de Chaux-la-Ville es abierto, cordial y muy comunicativo, pero en cierto modo todos siguen siendo un poco... primitivos —me confió en voz baja—. Todavía creen en supersticiones y leyendas, tales como las de los hombres lobos.

—¿Licantropía^[3]?

—Sí. También hay brujas como la vieja Jeanne Briot, a la que

recurren todavía algunas mujeres e incluso hombres. O el pintoresco personaje a quien conocemos por René Le Fou-Fou

...

—¿Un loco^[4]?

—Algo así. Un perturbado a quien todos creen inofensivo. Los psiquiatras del manicomio de Bantres deben pensar lo mismo, porque siempre han dejado salir a Le Fou-Fou

tras cortos períodos de internamiento.

—¿Por qué era famoso Le

Fou-Fou

? —indagué.

—Cazaba lobos, cuando aún abundaban en nuestros montes. Sólo que él... los cazaba vivos, pues era un excelente trampero. Luego los domesticaba y las fieras comían en su mano como si se tratase de gozqueillos.

—Muy interesante —comenté, tomando nota mental del dato.

—Hasta hace pocos años conservó un lobo. Dicen que el animal dormía en el mismo jergón de Le

Fou-Fou

, aunque ignoro si esto era algo más que un simple rumor... Quizá fue por eso por lo que las autoridades decidieron hacerle examinar en el manicomio de Bantres. De todas formas, ya le dije que sus estancias allí fueron cortas. Venía a Chaux-la-Ville y le devolvían a Bantres cuando el pobre perturbado empeoraba. Todavía se pasea por ahí...

Suspiró.

—Lo que quería explicarle —añadió— es que cualquier cosa puede ocurrir aquí, sobre todo en invierno. La gente es crédula y sencilla, pero también es cierto que suelen darse misterios inexplicables...

—¿Por ejemplo? —quise saber, pues me sentía muy intrigado.

—La gente habla de la aparición, en mitad de la noche, de una procesión formada por alucinantes personajes vestidos de hábito y que portan hachones... Se les ha visto en lugares tan diversos como en la costa al Sur de Dunquerque, o en las estribaciones del Coll D'Ambrasse

. Aseguran que sus rostros están descarnados y que la fosforescencia que emanaba de sus cuencas sin ojos causan pavor al desdichado que se topa con ellos...

Sonreí, divertido.

—Algo semejante a La Santa Compañía, según veo —dije.

—¿La Santa Compañía? —repitió Béa, confusa, pues no entendía aquellas palabras españolas.

Le expliqué que se trataba de una antigua creencia gallega, muy arraigada entre los sencillos aldeanos de toda Galicia.

—Supongo que usted no creerá en esas leyendas —comenté en voz baja.

Béa movió gentilmente la cabeza.

—No creo racionalmente... Pero, de todas formas, no me gustaría tropezarme, de noche, con esa tétrica procesión —respondió, sensata.

Agotados tanto el tema como nuestras consumiciones, pagué la nota que me trajo la camarera y salimos a la calle.

Lucía tímidamente el sol y sus rayos fulgían sobre los inclinados tejados cubiertos de nieve. Pero allá en el firmamento las nubes plomizas eran presagio seguro de que la tormenta de nieve proseguiría pronto.

Fuimos conversando amablemente hasta Chez Fabré, donde nos proponíamos tomar unas cervezas. Leopold, que me conocía ya, se extrañó mucho al verme: me imaginaba en el monte con la escopeta al brazo, desfilando por gargantas y trochas nevadas.

—Se me pegaron las sábanas —le expliqué—. Y me alegro de ello, porque he obtenido una caza segura...

Y miré a Béa, que se ruborizó y lanzó una risita. También Léo Fabré rió con fuerza.

—¿No conocen la última noticia? —susurró como un conspirador cuando nos trajo dos enormes jarras de cerveza y un platito con mariscos.

—¿Qué ha ocurrido?

—El «solitario» ha devorado a dos caballos de Jules LeBrin, que tiene una granja en Malpartie, al pie del monte —nos dijo.

Ante nuestras expresiones de asombro, Léo se apresuró a completar su información.

—Jules vino esta mañana a denunciar el hecho en la

gendarmería. Al parecer, anoche, antes de irse a la cama, «empinó» el codo de lo lindo. Su cogorza le provocó un sueño profundo, que le impidió oír nada, pero cuando al amanecer fue a la cuadra para atender a sus animales, advirtió que la puerta estaba abierta. Dos tablones aparecían destrozados a mordiscos, pero dentro...

LeBrin había encontrado destrozados y parcialmente devorados a sus dos animales de labor. Una enorme mancha de sangre empapaba la paja que la noche anterior había arrojado al suelo el propio LeBrin, como cama de los animales.

—Pero... eso es imposible —exclamé, cuando Leo terminó sus explicaciones—. Admito que un gran lobo solitario pudiera dar muerte a un caballo, pero ¿a dos?

—¡Quién sabe! —respondió Léo, enigmático—. Tal vez se trate de una verdadera manada.

Bebimos nuestras cervezas en silencio; yo me sentía más impresionado de lo que aparentaba: ya no se trataba de simples elucubraciones o sospechas. Parecía demostrado que una o más bestias sanguinarias campaban libremente en las inmediaciones de Chaux-la-Ville.

Me estremecí imaginando que una de aquellas bestias hubiera destrozado el fino cuello de Béa Dumier y no pude impedir acariciar suavemente la mejilla de mi compañera con el dorso de la mano.

—¿Qué...? —murmuró ésta, volviéndose hacia mí.

Vacilé.

—Nada —respondí al cabo—. Celebro mucho estar contigo aquí y ahora.

Ella correspondió a mi gentileza con una sonrisa radiante.

—Yo también me siento muy bien aquí, ahora y... contigo, Michel —murmuró.

CAPÍTULO V

MONSIEUR Armand Cullaz y yo disputábamos una partida de dominó en Chez Fabré, cuando escuchamos los chirridos de varios sucesivos frenazos, muy próximos.

—¡Ahí llegan! —exclamó Leo Fabré, muy excitado.

En efecto, varios automóviles todo terreno acababan de detenerse ante la taberna.

Nevada y los hombres descendían de los vehículos aprisa, ansiosos por guarecerse bajo techado, a la tibia protección de la taberna, pues fuera estaba cayendo una fuerte nevada.

Llegaban ateridos, hoscos y furiosos. Todos se apresuraron a tomar un lugar en la barra y el coñac que servía Leo llenó rápidamente una docena de copas.

Enseguida vimos a André, cuyas ropas estaban cubiertas de nieve. Nos vio a su tío y a mí, y se dejó caer, derrengado, sobre una silla próxima.

—¿Qué tal se dio? —pregunté, expectante.

—¡Estuvimos a punto de abatirlo! —respondió en voz baja, aunque apenas podía disimular su excitación. Y añadió—: ¡Lástima del accidente de Naudon!

—¿Naudon? —preguntó *monsieur* Cullaz—. ¿Qué le ha ocurrido al farmacéutico?

André jadeó, cortada la respiración por la emoción que le embargaba. Mientras se reponía, pedí al viejo camarero un doble de coñac para él, que André despachó como si tal cosa de un solo trago.

—¿*Et bien...*? —indagué yo, cuando le noté más tranquilizado.

—Verás: hacia media mañana, recibimos a uno de los gendarmes del sargento Dumier. Nos dijo que a Jules LeBrin le habían

devorado los lobos dos caballos. Puestos de acuerdo, decidimos volver a los coches y trasladarnos a la granja de LeBrin, situada a unos cuatro kilómetros, desde donde pensábamos seguir el rastro...

En la granja, contemplaron los cuerpos a medio devorar de los caballos del granjero y estudiaron las huellas impresas sobre la nieve.

—¡Eran verdaderas huellas de lobos, Michel! —aseguró André, muy agitado, dirigiendo fugaces miradas a sus compañeros, que se atiborraban de coñac en la barra.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté.

—Recuerda que me pasé toda la tarde de ayer recluso en la buhardilla. Pedí un tratado de zoología en la biblioteca municipal y estudié las huellas características de los lobos, que difieren, por su mayor contorno, de las de los perros, aparte de otras diferencias que no importan ahora. Pero, además, yo iba acompañando a expertos loberos, como Paul Saint-Michel, quienes aseguraron sin lugar a dudas que aquellas huellas eran de lobos.

—¿Varios?

—No nos detuvimos a comprobarlo. Enseguida nos sentimos tan agitados, que abandonamos la granja para seguir las huellas —respondió André. Y pidió al camarero una nueva copa de coñac.

—No bebas tanto y háblanos de ese accidente —pidió su tío.

—Pues bien, perdimos las huellas a menos de un kilómetro. Sencillamente... ¡se evaporaron! —André me pidió un cigarrillo con un expresivo gesto—. Por fortuna, llevábamos dos excelentes podencos que nos llevaron hasta los matorrales tupidos del Coll. Ya sabes cómo es aquello, Michel: un cobijo perfecto para las alimañas, pues la espesa vegetación de matorrales espinosos apenas permite dar un paso sin que una persona se deje la piel a tiras.

—Sigue.

—Cuando caía la tarde, escuchamos el aullido próximo de un lobo. Emile Naudon echó a correr hacia los matorrales de la colina. Luego, sin que nadie pudiera establecer cómo ocurrió, oímos aquel grito...

»—¡Allá va, allá va! ¡Apartaos!

Era Jean-Pierre Grancher, quien desde una posición elevada, detrás de nosotros, se echó a la cara su magnífico rifle «F. M.» provisto de mira telescópica y disparó dos veces.

»Enseguida se armó un gran alboroto y todos corrimos, ladera arriba, hacia los riscos, ansiosos por rematar a la fiera, en el caso de que Grancher no la hubiera alcanzado de lleno. A mitad de la pendiente, encontramos a Emile Naudon en el fondo de una torrentera. Sus cabellos estaban empapados de sangre y parecía muerto...

Mientras los demás batidores galopaban, enloquecidos, ladera arriba, André y Gousquet recogieron al inanimado Naudon y le izaron hasta un lugar donde pudieran examinar sus heridas.

—Por fortuna, no estaba muerto, sino desvanecido. Una bala de Grancher le había rozado el parietal derecho. Como perdía mucha sangre, llamamos a gritos a los demás. Gerald Koudre y *monsieur* Lussac, el juez, vinieron en nuestra ayuda. Fue Koudre quien galopó a través de la nieve para acercar un automóvil en el que poder trasladar rápidamente al pobre Naudon.

Armand Cullaz se rascó los grises cabellos de la nuca.

—Un desgraciado accidente, en resumen —opinó.

—Sí —asintió André, con voz grave—. ¡Pobre Naudon! Según parece, fue él el primero en avizorar al «solitario»... Por desgracia, se interpuso en la línea de tiro de Grancher, quien también había visto a la fiera entre los matorrales, según confesó después. La bala le rozó la sien... ¡Gracias a Dios, la herida no es grave! El doctor Thioller le ha curado ya y no sería preciso trasladar a Emile al hospital de Bantres...

Dejé que André fumase tranquilamente. Cuando hubo probado un nuevo sorbo de licor de su copa, inquirí con suavidad:

—¿Viste tú al lobo, André?

—¿Cómo? ¿Al lobo? ¡Claro que sí! —Le miré fijamente y cambió de color—. Es decir, no, no le vi. Oí el aullido, próximo, eso sí, pero no llegué a verle con mis ojos. En cambio, Emile Naudon y Jean-Pierre Grancher...

—¿Vieron a la fiera?

—¡Naturalmente! —André parecía un poco molesto por mi insistencia—. ¿Por qué otra causa salió corriendo Naudon hacia las alturas? Y lo mismo digo de Grancher: si disparó fue porque vislumbró la silueta del lobo entre los matorrales. Que una de sus balas alcanzara a Emile, sólo fue un desgraciado accidente.

En aquel momento, Grancher penetró en la taberna. Sus duras

facciones rojizas estaban tensas, casi crispadas, pero en cuanto alguien le vio, sus músculos faciales se relajaron y contestó con forzada alegría al saludo de sus amigos.

Monsieur Cullaz aprovechó la ocasión para encargar a *Patrie*, el camarero, *une perdrix bretonne* y una botella de Burdeos del 66, que los tres despachamos alegremente en pocos minutos. André pidió unos mariscos y yo, para no ser menos, fui a la cocina y encarecí tres raciones de liebre asada con limón.

Empeñados en dar cuenta de los sencillos pero succulentos manjares, no advertí que Grancher me dirigía frecuentes e inquisitivas miradas. Si imaginaba que estábamos hablando de él, se equivocaba: *monsieur* Cullaz y yo estábamos enfrascados en una discusión acerca de las virtudes de determinados vinos franceses.

No obstante, no me pasó por alto el hecho de que Grancher parecía muy interesado en escuchar cuanto hablábamos.

Nos retiramos temprano aquella noche. Poco después de las diez, André y yo nos encontrábamos en nuestra confortable y cálida vivienda de la buhardilla. Las habitaciones del ático debían su excelente temperatura a la chimenea de *monsieur* Armand Cullaz, que ascendía hasta el tejado a través de los muros de nuestra vivienda. Y el notario mantenía encendido el fuego en su hogar durante todo el día, en cuanto llegaban los primeros fríos.

André sacó una vieja botella de coñac de un armario y se empeñó en que tomáramos una copa antes de acostarnos.

—Te noto un tanto inquieto —comenté, cuando escancié el licor en los vasos.

—No inquieto, exactamente, sino más bien perplejo —confesó—. Hay algo que no comprendo. Cuando inspeccionamos la cuadra de Jules LeBrin, vimos una enorme cantidad de sangre, que llegaba a empapar completamente la paja, aunque ya estaba casi coagulada.

—Bien, pero eso es normal. Tengo entendido que todos los animales carniceros atacan a sus víctimas, matándolas de una dentellada en la garganta, especialmente los lobos. Es lógico que se produzca una gran hemorragia —pronuncié.

—Tienes razón. Pero sin duda lo que tú ignoras es que lo primero que los lobos consumen es... ¡la sangre! La sangre, sin apenas desperdiciar una gota. Sólo cuando la pieza ha dejado de sangrar, se dedican a devorar su carne —respondió André,

vivamente.

Por si acaso me quedaba alguna duda acerca de la veracidad de su aserto, me mostró un moderno tratado de zoología titulado *Los animales carniceros*.

—¿Lo ves? Un lobo lame primero la sangre de su víctima, y devora después su cuerpo —exclamó André, triunfal.

—De acuerdo —respondí—. Y esta seguridad, plantea una duda inmediata: ¿por qué los animales que atacaron a los caballos de LeBrin no consumieron su sangre?

André olfateó el coñac de su copa, lo agitó levemente y... se lo tragó sin dudar.

—Por eso me sentía perplejo, querido Michel —respondió. Y comenzó a desnudarse rápidamente—. Lo siento, no tengo una respuesta. Lo que sí tengo es el cuerpo cansado y los pies destrozados de tanto caminar. Ahora me siento feliz: no me pidas que piense. Deseo descansar.

Se enfundó sin perder tiempo en su camiseta y su pantalón de franela y se dejó caer en el lecho. Rápidamente se cubrió con las gruesas mantas de lana esponjosa.

Pero yo no estaba cansado ni tenía tanto sueño como él. Por otro lado, el enigma se me antojaba apasionante.

Bebí sorbo a sorbo mi copa y volví a llenarle con la botella que André había olvidado imprudentemente sobre la mesa.

Sin darme cuenta, había bebido demasiado a lo largo del día y, en consecuencia, mi cerebro estaba torpe y perezoso, incapaz de elaborar ideas coherentes.

Sin embargo, antes de que mi amigo se pusiera a roncar, fui a su cama y le aferré por un brazo.

—¡André!

—Mmmm... ¿Qué diablos quieres ahora, Michel? —rezongó.

—Tú tenías un mapa de la región, ¿verdad? Me refiero a Coll d'Ambrasse y a sus alrededores —especifiqué.

Le vi volverse bruscamente en el lecho.

—¡No seas pelmazo! —Gruñó—. ¿Olvidas que yo tengo que madrugar mañana para acudir a mi trabajo en Bantres... mientras tú holgazaneas libremente en Chaux-la-Ville?

—Lo sé, lo sé... Pero me hace falta tu mapa —insistí, pues tenía

un proyecto para el día siguiente.

André se incorporó bruscamente en la cama, somnoliento.

—¿Qué es lo que quieres exactamente? ¡Te conozco! Sé que no me dejarás dormir hasta conseguir lo que se te ha antojado.

—*¡Bien pensé, mon cher ami!* —Sonreí—. Me propongo conocer el lugar donde estaba el lobo sobre el que Grancher disparó esta tarde.

—Está bien... El mapa está en el armario. Tráemelo.

Lo busqué y lo puse en sus manos, junto con un lápiz. Torpemente, André tomó el lápiz, entornó los párpados y, una vez fijado el punto que me interesaba, trazó una cruz con el mapa.

—Es ahí. Pero no se te ocurra aparecer por allí, ¿eh?

—Descuida. Duerme ahora. *A demain*, André.

—¿*A demain*? No creas, maldito traidor, que ignoro que te has aprovechado de mi ausencia para cortejar a Béa Dumier —rugió, ocultando su cabeza bajo la almohada.

Reí sin poder contenerme.

—Tú tienes a los lobos, André. Además... «A enemigo que huye...».

CAPÍTULO VI

François

L'Hermite

parecía muy orgulloso de aquel corpulento animal de cortas patas y pecho poderoso.

Cepillaba a su caballo con mimo y no dejaba de observarme de recio.

— *un bon negoce, mon ami*

C'est

—repitió por enésima vez—. «Móme» vale mucho más, pero podrá montarlo durante toda la tarde... a razón de quince francos la hora.

Era, sencillamente, un robo, pues «Móme» más parecía un mulo panzudo que un corcel de silla, pero finalmente acepté, pues no esperaba encontrar un caballo mejor en toda la comarca.

En el pesebre próximo, «Jolie», la esbelta yegua de Béa Dumier, mordisqueaba golosamente una brazada de fragante heno.

L'Hermite

se ocupaba del animal, a cambio de una pensión diaria en francos franceses, claro. Naturalmente, Béa podía permitirse este pequeño lujo: según había averiguado accidentalmente, poseía una sana fortuna, heredada de sus padres, muertos cuatro años antes en el curso de una excursión de esquí a los Apeninos. Una terrible desgracia: ambos habían perecido sepultados por un alud en un albergue de montaña, en unión de varios docenas de esquiadores.

Contemplando la bonita estampa de «Jolie», se me ocurrió la idea... ¿Por qué no invitar a Béa a mi proyectada excursión a caballo?

—Tenga dispuesto a «Móme» para después del almuerzo — encargué a François. Y le entregó cincuenta francos a cuenta.

Inútilmente esperé unos minutos a Béa en las proximidades de la Place Maréchal De Gaulle, donde el sargento Dumier (en cuyo hogar vivía ella) tenía su domicilio.

No importaba. Después del almuerzo en Chez Fabré, telefoneé a Béa, pues el día anterior me había dado su número a petición mía.

—¿Michel? —Oí su encantadora voz.

—Sí. Me dispongo a emprender una excursión a caballo. Mi montura no puede competir con tu yegua, ¡pobre!, pero podríamos pasar un buen rato galopando sobre la nieve. Más tarde merendaríamos en el Auberge Malpartie. ¿Te gusta mi proposición?

—¡Oh, oh, oh! Estaba... secándome el cabello y... ¡creo que me lo he chamuscado! —exclamó, alarmada.

—No importa. Tienes un precioso gorro de armiño. ¿Qué te parece una galopada sobre la nieve, una conversación entretenida, el regreso al atardecer, una succulenta merienda ante un fuego de troncos...? —insistí.

—¡Me apunto! —exclamó ella gozosa—. ¿A qué hora, dónde...?

—A las tres, en el establo. Partiremos desde allí.

—Debo avisar a mi tío. Me encareció mucho que no me alejase del pueblo durante estos días, pero si voy acompañada por un apuesto policía de París... Bien, supongo que no pondrá ningún impedimento. ¡*Au revoir*, Michel!

—*Au revoir, chérie* —respondí. Y Colgué.

La tarde estaba tranquila. No nevaba y el frío glacial del Norte había dejado de soplar.

Por otra parte, los esforzados loberos estaban dedicados a sus quehaceres cotidianos de cualquier jornada laboral. No habría batida por hoy, desde luego, y ello nos permitiría galopar hasta Coll D'Ambrasse

sin el riesgo de que nos confundieran con el temible «macho solitario».

Mientras tomaba mi café negro y un coñac, miré a través de los ventanales de Chez Fabré. En aquel momento, un enorme automóvil americano penetró en la población desde la carretera de Bantres. Entreví a tres caballeros en su interior... Gente importante, a juzgar por su aspecto.

Curioso, pregunté a Patrie, el camarero, antes de que el carísimo automóvil desapareciera, rué Petrie adelante.

—*Oui, oui, monsieur DuBosc* —respondió el viejo empleado—. Es el «Lincoln» de un personaje importante: *monsieur* Joel Cunard, director de Cosmeuble et Cie., la fábrica de muebles de Bantres —Patrie se inclinó sobre el ventanal, miró y luego se volvió hacia mí—. Como siempre, le acompaña *monsieur* Roland Voisin-Yire, un hombre notable.

—¿Por qué?

—Voisin-Yire es diputado y presidente de la Chambre de Navigation. Tiene grandes intereses en fletes e industrias navales, toda una personalidad...

—Pero vi tres personas. ¿El que conducía era el chófer de Cunard? —pregunté.

—Chófer y... —Patrie vaciló—. Y algo más: se asegura que es su guardaespaldas. Cunard y Voisin-Yire son socios en el negocio del mueble. ¡Una fortuna colosal, incalculable, se lo aseguro!

Iba a preguntar a Patrie el motivo de la visita a Chaux-la-Ville de tan importantes personajes, pero no pude hacerlo, pues un cliente rezagado le llamó en ese momento.

Poco después me dirigía al establo de François

L'Hermite

. Béa me aguardaba ya: estaba dando los últimos toques a la silla de su yegua.

Estaba guapísima. Calzaba botas de montar, unos sencillos «*jeans*» gastados, un jersey de cuello cisne y una chaqueta de cuero. Un gorrito de lana azul recogía sus cabellos en «cola de caballo».

Respondió alegremente a mi saludo. Sus ojos relucían de pura excitación.

—¿Vamos? —dijo, mientras François me entregaba las riendas de «Móme» y me daba algunas instrucciones sobre la monta.

Minutos después abandonábamos el pueblo, dando un gran rodeo. No nos dirigíamos hacia el Sur, sino hacia el Este. Pero en cuanto estuvimos lejos de Chaux-la-Ville, cambiamos de dirección y cabalgamos hacia el Coll

D'Ambrasse

Indudablemente, la yegua de Béa trotaba más airosamente que mi voluminoso «Móme», el cual braceaba reposadamente sin hacer demasiado honor a su nombre^[5]. Sin embargo, sus enormes cascos

herrados le permitían caminar con gran seguridad sobre la gruesa capa de nieve que cubría el suelo.

Béa charlaba animadamente. Me explicaba algo acerca de las rarezas de su tía Catherine (esposa del sargento Dumier).

La joven *mademoiselle* Dumier estudiaba en Bantres. Cuando le pregunté acerca de ello, respondió que estaba haciendo el segundo curso de Veterinaria.

—¿Veterinaria? —exclamé, pasmado.

—Es la única carrera que se puede cursar en la Facultad de Bantres. En realidad, no pienso ejercer nunca la carrera, pero la verdad es que en Chaux-la-Ville me aburría soberanamente sin hacer nada. Por eso me matriculé en Veterinaria: para no morir de tedio.

—Magnífico —alabé—. Pero... ¿no es hoy día lectivo?

—Te extraña verme aquí, ¿verdad? Te lo explicaré. La facultad se alberga en un viejo edificio, casi ruinoso. La semana pasada se hundió el techo de una de las aulas y el rector decidió suspender las clases, como medida de seguridad, hasta que se lleven a cabo las obras pertinentes. No creo que eso suceda antes de Navidad, de modo que puede decirse que gozaré de unas vacaciones anticipadas —me explicó.

—De todo lo cual, sólo puedo alegrarme, pues esa pequeña catástrofe me permite gozar de tu compañía —dije.

El viento comenzó a soplar en aquel momento. Remolinos de aire frío que arrastraban partículas de hielo, nos azotaban la espalda cuando avanzábamos ya por las estribaciones del elevado Coll

D'Ambrasse

Desde el Norte, se aproximaba una tormenta de nieve que difuminaba el horizonte en una especie de bruma gris.

Por un momento estuve a punto de dar por terminada nuestra excursión y proponer a Béa el retorno. Pero ella galopaba sin dar importancia a la vecina tempestad, ebria de excitación.

Saqué el mapa de André Cullaz. Para consultarlo, hube de protegerlo con mi chaquetón de cuero forrado de borreguillo para evitar que la furia del viento me lo arrancara de las manos.

Estábamos muy cerca del lugar donde, la tarde anterior, había

caído herido en una sien el farmacéutico Naudon.

Entonces fue cuando mi panzudo «Móme» demostró sus habilidades. Sus cortas pero robustas patas se afianzaban férreamente a la dura pendiente nevada y escalaba con tanta facilidad, que pronto Béa y su yegua fueron quedando atrás.

¿Qué era lo que yo buscaba allí? La verdad es que no tenía una idea muy definida, sino más bien una vaga sospecha.

Suponía que corríamos un riesgo considerable en aquellos parajes, a pesar de mi repetidora «Winchester» colgada del hombro, pues yo no era lo que suele llamarse «un experto cazador». ¿Y si apareciese el lobo... los lobos?

El zumbido huracanado del viento se convertía en ominosos silbidos al azotar las ramas de los lentiscos, de las aulagas, las jaras y las carrascas.

Detuve un momento a «Móme», que respiraba como el fuelle de una fragua, aunque sin demostrar excesiva fatiga, y miré hacia atrás: «Jolie» ascendía con gran dificultad la azarosa pendiente. Aguardé hasta que la distancia se redujo entre nosotros y entonces taloneé suavemente a «Móme» y proseguimos la ascensión.

Empleé algo más de veinte minutos en registrar minuciosamente los matorrales, sin hallar nada interesante. Cuando me detuve, «Jolie» se acercó, jadeante, llevando sobre la silla a mi bella Béa.

Me miró con desconfianza, enrojecidas las mejillas por el frío.

—Me gustaría saber qué es lo que buscas aquí —comentó, sin perderme de vista.

—Un lobo, tal vez —respondí, sarcástico—. Pero ya ves que no hay rastro de la fiera. Volvamos, si te apetece.

—¡Sí, sí! Se aproxima una tormenta de nieve. Pero no volveremos por el mismo lugar. El viento sopla demasiado fuerte y nuestras monturas se fatigarían demasiado. Conozco otro camino, al amparo de las colinas de Malpartie: es una sucesión de vaguadas, abrigadas del viento del Norte —dijo.

Manejó las riendas e hizo girar a «Jolie», que se lanzó cuesta abajo a velocidad excesiva.

Pronto comenzó a nevar y la visibilidad se redujo notablemente, aunque el viento cesó de improviso.

Cabalgábamos al trote hacia la vaguada próxima, cuando «Jolie» se encabritó violentamente. Tuve que espolear a mi caballo para

acercarme a ellos y ayudar a Béa a reducir los ímpetus de la yegua.

—¿Qué sucedió? —preguntó a mi acompañante.

—¡No lo sé! Creo... creo que se oyó el aullido de un lobo.

—¡Un lobo! —exclamé, incrédulo, pues yo no había oído nada semejante.

—¡Calla! —susurró Béa—. Prestemos atención en silencio.

Pero yo no pude escuchar otra cosa que el caer de los copos y los latidos de mi propio corazón.

—Creo que estás obsesionada, Béa —bromeé, tratando de quitar importancia al incidente.

—Conque obsesionada... En tal caso, ¿por qué se espantó mi yegua? —respondió, levemente enfadada.

—Quizá la asustó un conejo o algún otro animalillo —dije. Consulté mi reloj: eran las cinco de la tarde. Sin embargo, a tan temprana hora, la luz del día había disminuido notablemente. Consideré que una hora después sería noche cerrada y apuré a Béa —: Bueno, dejémonos de conjeturas. Hay que darse prisa, si no queremos extraviarnos.

Ella taloneó a su yegua y se alejó, vaguada adelante, y desapareció tras un blanco bosquecillo de robles.

La seguí a toda prisa, temeroso por ella. Ahora comenzaba a considerar si nuestra excursión no habría sido una decisión temeraria...

Y aquel aullido lobuno, ¿había sido una alucinación de Béa o... se había dejado oír verdaderamente?

CAPÍTULO VII

«Jolie» corría demasiado en terreno llano y mi pobre «Móme», aunque sólido y resistente, carecía de ligereza.

Era inútil que le clavase las espuelas sin rigor: el caballo seguía con su trote sostenido y voluntarioso, pero parecía absolutamente incapaz de alcanzar a la veloz «Jolie».

De repente, advertí que había dejado de nevar.

El monte estaba en silencio, apenas turbado por el quedo *trunch-trunch* de los cascos de mi caballo al hundirse en la nieve, su jadeo profundo y los propios latidos de mi corazón.

—¡Detente, Béa, detente, detente! —grité.

Pero mis estentóreas voces apenas tuvieron eco, amortiguados los gritos por la capa de nieve que acolchaba el fondo de la vaguada, las laderas, los bosquecillos que salpicaban el terreno aquí y allá.

Empecé a preocuparme. A cada vuelta de la trocha esperaba vislumbrar la elegante silueta de Béa a caballo, pero mi hermosa compañera no acababa de aparecer.

¿Por qué había espoleado a la yegua? ¿Trataba de burlarse de mí, jugaba, quizá, al escondite...?

Me sentía furioso y malhumorado. ¡Diablos de jovencitas mimadas...!

«Móme» soltaba tufaradas de vapor por los ollares y yo mismo me sentía sudoroso a pesar del frío reinante en aquellas soledades.

Al fin, tiré con fuerza del freno de mi cabalgadura y se detuvo.

Dirigí una desolada ojeada a mí alrededor. A la izquierda se veía una ladera poblada de pinos. A impulsos de la brisa, las ramas cuajadas de nieve dejaban caer, de cuando en cuando, sus masas heladas al suelo. A la derecha, una pendiente escarpada, solitaria.

¿Y Béa...?

—¡Esa linda niña consentida...! —clamé, arrojando chorros de vapor a través de los labios.

Descolgué mi escopeta y la apoyé en sentido oblicuo sobre el borén. Luego comprobé que estaba cargada con seis cartuchos de gruesas postas loberas y taloneé a «Móme», que obedeció diligente al tirón de las riendas cuando descendimos por el fondo de la barranca.

La visibilidad había mejorado con la súbita interrupción de la nevada. La trocha describió una curva y pude distinguir perfectamente la colina que escindía la vaguada en dos barrancas estrechas y profundas.

¿Qué era aquella ruinosa construcción sobre la cima de la colina? Parecía una antigua fortaleza de piedra.

De Béa, ni rastro.

«Móme» se detuvo por su propia iniciativa al pie del cerro. Le vi ramonear los brotes más tiernos de unos arbustos y le dejé hacer, mientras encendía un cigarrillo. Tuve que desprenderme de los guantes para hacer brotar la llama del mechero, pero al fin conseguí encender el pitillo y aspiré el humo con afán.

Luego elevé los prismáticos que llevaba colgados del cuello por una correa y oteé los alrededores.

Empecé a encorajinarme. ¿Dónde estaba Béa? Sin duda, había decidido gastarme una broma. Era muy posible que se hubiera escondido en el pinar. O en cualquiera de las torrenteras que descendían de la montaña, o...

De repente, en la soledad de la vaguada resonó un potente ¡craaac! Giré bruscamente sobre la silla, aferré la escopeta y... el cigarrillo cayó de mis labios y el viento lo impulsó contra los bellos de «Móme», que al sentirse herido, se encabritó y me dejó caer de espaldas.

Despatarrado sobre la nieve, escuché el relincho asustado del caballo, que lanzó dos torpes coces al aire y se alejó.

Un nuevo y aún más potente crujido me obligó a incorporarme. Miré hacia las alturas y vi cómo la rama de un pino se tronchaba bajo el peso de la nieve acumulada sobre sus agujas.

Debí soltar una carcajada liberadora de mi tensión, pero no lo hice. No me sentía de humor para reír.

Entonces... ¿quién era la persona que acababa de prorrumpir en una larga y sonora risotada que repitió el eco de las colinas próximas?

De un manotazo recuperé el «Winchester», que se me había ido de las manos en la caída, y tensé mis músculos, dispuesto a defenderme contra quien fuera.

—¡Yujuu, Michel! —gritó alguien, burlonamente.

Allí estaba mi «encantadora» Béa Dumier, en lo alto de las almenas de la derruida fortaleza medieval, riendo a mandíbula batiente y apoyando ambas manos sobre su vientre para sofocar los hilarantes espasmos abdominales.

La maldije interiormente... pero al fin también yo sonreía, jubiloso por haberla encontrado.

—¿Qué diablos haces ahí arriba? —grité estentóreamente.

—¡Buscando el tesoro de los Templarios! —respondió, con toda la ironía del mundo.

Me encrespé.

—¡Baja! —chillé—. ¡Baja ahora mismo!

Dirigí una desorientada mirada a mí alrededor: «Móme» no estaba a la vista. ¿Dónde diablos se habría metido?

Lo más razonable era imaginar que el animal, harto de mí, hubiera emprendido su aplomado trote con dirección a la tibia cuadra donde François

L'Hermite

le mimaba diariamente.

—¡Baja! —insistí—. ¡O tendré que marcharme sin ti!

Las cantarinas risas de Béa me encolerizaron aún más.

—¿Cómo? —Chanceó—. ¡Tu caballo ha huido! Ahora, querido Michel, sólo eres un caballero desmontado... Vamos, no te esfuerces. Ven, sube. Te mostraré el Chateau-Miracle.

—¿Qué diablos es eso? —rugí, al par que emprendía la ascensión por la empinada cuesta que llevaba a la fortaleza.

Béa me salió al encuentro cuando, por fin, escalé la pendiente. Tenía una expresión picaresca en sus encendidas facciones.

—No te enfades, sólo quise gastarte una broma inocente... como respuesta a tu falta de fe en mí. Vamos, ven —me tendió la mano y cruzamos bajo el elevado arco de una puerta de muros descarnados—. Éste es el Chateau-Miracle, un bastión medieval que nuestros

paisanos usaron como defensa contra los vikingos... De niña solía venir aquí con mis padres. Y arrojaba piedras al fondo de la sima para ver brotar una nube de mosquitos.

Subimos por una rampa. ¡Y allí estaba mi infiel «Móme» acariciando con sus húmedos belfos la grupa de «Jolie»! Ahora comprendía la seguridad de Béa cuando la amenacé con marcharme y dejarla. ¡Ella sabía de sobra que no podría alejarme de aquellos parajes...!

Contemplamos en silencio los derruidos torreones y las murallas, mordidas aquí y allá por las dentelladas del tiempo y del descuido.

Luego me volví a Béa. Sus ojos oscuros chispeaban con destellos azulados y sus labios, entreabiertos, estaban húmedos.

Sin meditarlo, la tomé por la cintura y la besé cálida y ávidamente.

—Es el mínimo castigo, después de haberme hecho sufrir atolondradamente —exclamé, perdida la respiración.

Entonces ella me abarcó por el cuello, se oprimió contra mí y volvió a besarme con turbadora intensidad.

Y luego se retiró de un saltito.

—Si todos los castigos tuyos son así, me apunto desde ahora mismo —exclamó.

Caminó ágilmente sobre los matojos secos que emergían de la nieve y yo la seguí enseguida. La vi inmóvil, mirando hacia el suelo, y me aproximé intrigado.

—¿Qué es eso?

—La sima —respondió—. Debe ser una especie de respiradero desde los subterráneos de la fortaleza. Muy profunda por cierto; una piedra lanzada a través de ese agujero tarda varios segundos en chocar contra el fondo.

Me acerqué, aún más curioso, hasta el borde de aquella abertura. Tenía forma circular y medía casi un metro de diámetro.

—Ya lo verás —dijo Béa, retirándose. Palpó bajo la nieve y tomó en su mano una piedra de regulares dimensiones—. ¡No te acerques! Dentro de unos segundos verás surgir de ahí una verdadera nube de mosquitos. Y, con suerte, una bandada de murciélagos.

Me retiré unos pasos y ella lanzó la piedra a través del negro agujero. En efecto, conté varios segundos antes de que llegase a

nosotros el eco de un distante y quedo baque.

Per o no vi salir por el boquete del suelo ni un solo mosquito. Y mucho menos la alada silueta de los murciélagos.

—Tu demostración ha fallado lamentablemente —sonreí—. Montemos y alejémonos de aquí antes de que se haga de noche.

Béa se mordió los labios despechada. Pero se apresuró a tomar las riendas de «Jolie» cuando yo hacía otro tanto con «Môme».

Fue entonces cuando la yegua lanzó un relincho de agonía y cayó pesadamente sobre la nieve. Inmediatamente nos llegó el eco lejano de una detonación.

—¡A tierra! —grité con urgencia. Y me abalancé sobre Béa y la derribé.

Así, íntimamente abrazados, transcurrieron varios minutos. Permanecíamos inmóviles, conscientes de que un oculto asesino podía balearnos impunemente.

Al cabo, me atreví a alzarme silenciosamente, me arrastré sobre la nieve y me aproximé al parapeto. Alcé los prismáticos y miré en la dirección de la que sospechaba había venido el disparo.

Mientras oía los angustiosos relinchos del animal moribundo, fijé los prismáticos en una colina situada a algo más de un kilómetro de distancia. Gradué la visión justo en el momento en que una silueta oscura desaparecía entre los pinos que coronaban la colina.

Aún aguardé unos diez minutos, para asegurarme de que nuestro oculto agresor no volvería a disparar contra nosotros.

Luego volví junto a «Jolie» y vi la mancha roja a la altura de su cuadril. El animal no tenía solución, por lo que acerqué el cañón de mi escopeta a su cabeza y disparé dos veces.

Béa se alzó del suelo llorando. Compadecido, la oprimí en mis brazos y besé sus mejillas con calor.

—Cálmate. Ya no tiene remedio. Peor hubiera sido que ese disparo nos hubiera alcanzado a uno de nosotros —susurré.

Tomé a «Môme» de la brida y abandonamos Chateau-Miracle. En cuanto descendimos a la vaguada, ayudé a la atribulada Béa a montar y yo también salté a la grupa.

Anohecía cuando nos alejamos de aquel lugar a través de la profunda vaguada. Durante todo el trayecto mantuve mi «Winchester» empuñado, vigilante y atento a cualquier posible e

inesperado ataque.

Me hubiera gustado examinar el pinar de la colina desde la que un desconocido nos había disparado, pero era demasiado tarde y la prudencia aconsejaba volver cuanto antes a Chaux-la-Ville.

Béa permanecía en silencio, aunque de cuando en cuando, su cuerpo se estremecía en un quedo sollozo. La llevaba abarcada con mi brazo izquierdo y la apretaba firmemente para darle ánimos.

Desde luego, mi cerebro no cesaba de elucubrar hipótesis sobre la identidad de nuestro anónimo agresor.

En cualquier caso, el tirador debía disponer de un potente rifle. Dada la distancia, no hubiera podido afinar la puntería sin un visor telescópico.

¿Quién disponía en Chaux-la-Ville de un arma de precisión de tales características?

«Jean-Pierre Grancher —me respondí a mí mismo—. Posee un “F. N.” de gran calibre, dotado de mira telescópica».

De improviso, Béa se agitó entre mis brazos.

—¿No has oído? —susurró, asustada.

Detuve el caballo y agucé el oído.

Entonces sí. Pude oír claramente un aullido prolongado y lejano, que incluso erizó las cortas orejas de «Móme».

—¡*Mon Dieu!* —murmuró Béa. Y se acurrucó entre mis brazos.

Taloneé a nuestra montura y la obligué a avivar el paso.

—No temas —dije a mi linda compañera—. Las fieras ya tienen su pitanza. No se molestarán en perseguirnos.

—¿«Jolie»? —suspiró Béa, tras un fuerte escalofrío.

—Sí —asentí.

«Móme», también medroso, avivó ostensiblemente el trote. Poco después veíamos brillar, parpadeantes, las luces del pueblo.

CAPÍTULO VIII

NO nos sentíamos de humor para cabalgar hasta el Auberge Malpartie, a unos tres kilómetros de Chaux-la-Ville por la carretera a Bantres, pero sí necesitábamos tomar algo caliente que nos reanimara.

Nos apeamos del caballo ante la puerta de Chez Fabré. Por fortuna, en aquel momento salía el servicial Gousquet, quien no puso ningún impedimento para encargarse de conducir al eficaz «Môme» hasta el establo de François L'Hermite

—Dígale que iremos más tarde a hablar con él —recomendó Béa. Y penetramos, ateridos y silenciosos, en el abrigado cobijo de la taberna.

André había regresado ya de Bantres y jugaba una aburrida partida de cartas con otros tres muchachos de su edad. En cuanto nos vio entrar, dejó la partida y se reunió con nosotros.

Reparó en que Béa abarcara mi cintura y también que yo pasaba cariñosamente uno de mis brazos sobre los hombros femeninos. Y comprendió.

—Ya veo —exclamó, sarcástico, pero cordial—. Os habéis entendido a las mil maravillas y en un plazo asombrosamente corto.

Encargó para nosotros café muy caliente y coñac.

—¿Qué os ocurre? —exclamó, tras observarnos con curiosidad—. ¿Habéis tropezado con «los caminantes de la noche»?

Dirigí una lenta e inquisitiva mirada a las personas que abarrotaban la taberna. ¡Grancher no se encontraba allí, aunque se tratase de un cliente asiduo que jamás faltaba a la tertulia, nocturna de Chez Fabré! ¿No era sospechosa su ausencia?

Atraje a André por un brazo y le pregunté en voz baja:

—¿Y el admirado Grancher? Parece que esta noche faltará a la cita.

André se encogió de hombros.

—No me extraña: le vi en Bantres esta tarde. Llevó su «Ford-Ranchera» a un taller de Bantres para que se lo repararan. Ayer se le rompió un palier, cuando regresábamos del monte. Supongo que vendrá más tarde. Cuando le vi aún no le habían arreglado el coche —respondió.

Me mordí los labios, despechado.

«¡Vaya! —pensé—. Esto deja fuera de toda sospecha al inefable Grancher».

Pensando razonablemente, ¿qué interés iba a tener el hombre más rico de Chaux-la-Ville en asesinarnos a Béa o a mí? Íntimamente tenía la sospecha de que el disparo había dirigido contra mí. La bala había alcanzado las riendas.

Pero ¿por qué? ¿Qué clase de peligro representaba yo? ¿Y en cualquier caso, para quién...?

Una furia contenida latía en mi pecho. No por el hecho de haber estado en peligro de muerte, sino porque también Béa corrió un alto riesgo de ser alcanzada por el disparo.

Nos apartamos al tablero de la pared frontera, con nuestros coñacs en la mano, y me resolví a franquearme a André. Le conté cuanto nos había sucedido aquella tarde e incluso hablé veladamente de mis sospechas hacia Grancher.

—Es extraño —exclamó mi amigo—. ¿Grancher? ¿Por qué razón? Está podrido de dinero y todos sus negocios actuales están dentro de la ley. Tal vez...

—Tal vez se trató de una bala perdida. Alguien que disparó sobre una pieza y, accidentalmente, mató a la yegua —repuso Béa, pensativa.

—¡No me hagas reír! —barboté, airado—. El balazo llegó a través de un boquete de la muralla. Quien quiera que sea, sabía muy bien lo que hacía.

André consideró el asunto, mientras hacía girar lentamente el licor contenido en su sopa.

—¡Oye! —susurró de pronto—. ¡Los contrabandistas!

—¿Qué quieres decir?

—Mira las cosas desde este punto de vista: imagina que hubieran escondido un alijo en Chateau-Miracle, un alijo importante, valioso. Probablemente mantendrían el lugar vigilado hasta sacar de allí los géneros ocultos. El guardián os vio penetrar en el castillo y disparó para alejaros.

Esto ya tenía más visos de verosimilitud. Pero...

—Nunca he oído decir que los contrabandistas carguen con un asesinato para salvar un alijo. ¿No te parece exagerado, André?

—En efecto —respondió mi amigo—. Pero es posible que no dispararan a matar. Quizá pensaron que con abatir a «Jolie» tendríais bastante escarmiento. De todas formas, el asunto es apasionante... ¡Me hubiera gustado estar con vosotros en Chateau-Miracle! —exclamó, excitado.

De todas formas, la ocurrencia de André me convenció en parte. Era lógico que si los contrabandistas guardaban en la antigua fortaleza un alijo valioso, pusieran todo su empeño en alejar de aquellos parajes a todos los curiosos.

—Creo que estás en lo cierto, André —apoyé una mano sobre el hombro de Béa Dumier y dije—: ¿Recuerdas? Tú aseguraste que, arrojando a la sima una piedra, veríamos brotar una nube de mosquitos e incluso algunos murciélagos. Pero no vimos nada de ello. Lo cual puede significar que alguien bajó hasta allí y alejó a insectos y quirópteros.

—¡Si! —exclamó Béa, más animada—. ¡Ésa es la explicación!

Pedimos otra copa. Nuestros cuerpos comenzaban a entrar en reacción, gracias al cálido ambiente y al efecto del licor.

—¿Qué piensas hacer, Michel? —me preguntó André, ávido.

—No sé... Creo que nuestro deber sería denunciar nuestras sospechas a las autoridades. Pero también podemos cometer un error... Antes tendríamos que comprobar si en verdad existe algún alijo escondido en Chateau-Miracle.

—¡De acuerdo! Mañana. Haré todo lo posible por regresar cuanto antes de Bantres —propuso André, loco por participar en la aventura.

Béa me agarró impulsivamente por los brazos.

—¡De ninguna manera! No iréis allá. Prométemelo, Michel —exclamó, con un fervor que hizo correr la sangre en mis venas ardientemente.

—¡Mujeres! —clamó André, despectivo.

—No haremos nada a tontas y a locas, eso sí puedo prometerlo, querida.

—Pero... ¡sí es la mar de fácil! Y además podríamos ganar un buen pellizco: dan el treinta por ciento del valor a quien denuncie un depósito de contrabando. ¡Pueden ser cientos de miles de francos! —susurró André, ansioso.

—¡Calla! —murmuré—. Ahí está nuestro admirado Grancher.

En efecto, Jean-Pierre Grancher entró en aquel momento en la taberna y cerró con un furioso portazo. Pasó junto a nosotros sin mirarnos y se reunió con sus camaradas.

Parecía malhumorado y le oí en voz alta que se había visto obligado a volver a Chaux-la-Ville en un taxi, pues los del taller mecánico no habían terminado su automóvil todo terreno.

Poco después, Béa miró su relojito de pulsera y se alarmó.

—¡Dios mío, las ocho ya! Debo regresar enseguida a casa. ¡Mi pobre tía estará imaginando que he sido devorada por un lobo! —exclamó.

Abandonamos la taberna y la acompañamos a su casa. La besé fugazmente en una mejilla y nos dijimos adiós.

—¿Qué hacemos? —preguntó André, que había aceptado deportivamente la preferencia que Béa demostraba por mi modesta persona.

Era temprano para cenar. De pronto se me ocurrió preguntar a mi amigo:

—¿Dónde vive Emile Naudon? Me gustaría visitarle, para interesarme por su estado de salud.

—Vive en una casita bien conservada, en las afueras del pueblo. Es soltero, ¿sabes? Una mujer mayor, *madame* Chontron, le sirve de asistenta. ¿Quieres que vayamos?

—Desde luego —respondí—. Aparte del interés humano, me encantaría hacerle algunas preguntas relacionadas con la batida de ayer.

Estaba comportándome decididamente como un policía... a pesar que me había prometido a mí mismo permanecer alejado de toda actividad profesional cuando llegué a Chaux-la-Ville invitado por André. ¿Cómo podría clasificarse mi ansiedad? ¿Cómo simple curiosidad o como deformación profesional?

En cualquier caso, no podía negar que los enigmáticos incidentes que se sucedían en el pueblo atraían todo mi interés.

Caminamos aprisa por las estrechas calles de la zona más septentrional de Chaux-la-Ville, pues el cierzo helado silbaba desagradablemente y traspasaba nuestras ropas de abrigo.

La casa de Naudon era una pequeña edificación aislada, de dos plantas. En la parte posterior disponía de un patio y corral, que según me explicó André servía de leñera.

La puerta principal era de roble, maciza, reforzada con herrajes de bronce y protegida por un tejadillo saliente.

André pulsó el timbre situado en el quicio, pero aunque insistió e insistió, nadie salió a recibirnos.

—La señora Chontron ha debido marcharse ya y nuestro amigo Naudon estará dormido —aventuró mi amigo.

—En tal caso, será mejor no molestarle; volveremos mañana —dije.

Ya giraba para alejarme, cuando André llamó mi atención.

—¡La puerta está abierta!

Me volví y comprobé que era cierto. A la luz que provenía de un mortecino farol, vi un amplio vestíbulo, unos muebles antiguos, una bella consola dorada...

La casa permanecía completamente a oscuras. Oí la respiración agitada de André, que retrocedía.

Vacilantes, permanecemos allí unos segundos, sin atrevernos a entrar.

—Michel, será mejor que avisemos al sargento Dumier. Esto me huele mal. ¡Esa puerta abierta...!

Así la puerta por el tirador y la encajó, dispuesto a hacer lo que André acababa de proponerme...

Sólo que en aquel momento escuchamos el rumor que provenía de algún lugar de la casa: un gruñido sordo y feroz, que nos sobrecogió a ambos.

CAPÍTULO IX

André se volvió, asustado. Pero yo me precipité a la casa tras empujar bruscamente la puerta.

Encendí el mechero, busqué con urgencia el interruptor y lo bajé. La estancia se inundó de luz.

Y entonces volvimos a escuchar los gruñidos.

—Naudon necesita ayuda —clamé—. ¿Vas a venir o piensas quedarte ahí?

André se precipitó impulsivamente a la casa.

—¡Es... es arriba! —murmuró, pálido—. La escalera está en el pasillo.

—¡Vamos! —grité.

Cruzamos el vestíbulo y llegamos al pasillo. André palpó el muro, buscando un interruptor, pero no lo halló.

Contuvo una maldición cuando ambos chocamos en nuestra precipitación por ascender a la segunda planta. André me ganó por la mano y rápidamente subió de cuatro en cuatro los peldaños de madera, conmigo a la zaga.

De todas formas, no fuimos mucho más allá. De improviso oímos el gruñido sordo, muy próximo. Simultáneamente, André pronunció una imprecación y chocó contra mí, con tal violencia que ambos perdimos el equilibrio y caímos peldaños abajo.

En aquel momento, una sombra corpulenta saltó sobre el confuso revoltijo que formábamos mi amigo y yo, alcanzó el vestíbulo y desapareció por la puerta entreabierta.

Fue todo tan rápido que yo sólo acerté a ver la silueta de un animal de notable corpulencia.

—¡Buff! —Escupió André, asqueado—. ¡Qué hedor más insoportable!

Rabioso, logré incorporarme y corrí hacia la calle. En mi precipitación, el bolsillo de mi chaquetón se prendió en la manivela del cerrojo interior y quedé momentáneamente inmovilizado.

Cuando salí a la calle, no pude ver nada. Los alrededores estaban solitarios. Corrí locamente hasta el camino que se dirigía a las minas de hulla de Les Carbonnières y rodeé la casa de Naudon, pero no pude descubrir nada sospechoso. Me reuní con André, que aguardaba expectante ante la casa del farmacéutico.

—¿Qué diablos era eso? —inquirí, colérico y frustrado.

—¿Qué sé yo? Era un animal, desde luego, un animal salvaje, un lobo, supongo. Lo único que puedo acreditar es que despedía un nauseabundo olor a montuno —respondió, refregándose el rostro con un pañuelo.

Dirigí una inquieta mirada a la casa de Naudon.

—Vamos, echemos una ojeada —decidí.

Entramos y subimos la escalera. Con miedo y aprensión, no quiero negarlo. En el pasillo superior, vimos una puerta entreabierta, de la que provenía una luz mortecina.

Avanzamos hacia allá y vimos a Emile Naudon. Estaba en tierra, caído de bruces al pie del lecho. En la mesilla, una pantalla esparcía una luminosidad tenue, amarillenta.

Había un gran charco de sangre alrededor de la cabeza de Naudon. Impulsivamente, André dio la vuelta al cuerpo y descubrimos, con horror, la tremenda dentellada que desgarraba la garganta del pobre hombre.

—*Mon Dieu* —balbució mi amigo. Y se retiró, desencajado.

Aunque yo también me sentía fuertemente impresionado, mi «deformación profesional» me incitó a un examen más completo.

Advertí que la mano derecha de Naudon estaba manchada de sangre. Me incliné, pues, aparté las ropas de la cama y contemplé, fascinado, las palabras que el farmacéutico había escrito torpemente con su propia sangre antes de que le llegase la muerte. Y «*Le loup...*»^[6] se leía claramente. Un trazo sangriento alargaba el trazo inferior de la P.

—¡Está claro! —clamó André—. El pobre Emile tuvo tiempo de denunciar a su asesino antes de morir. ¡El viejo macho solitario!

El teléfono, descolgado, pendía de la mesilla auxiliar. El auricular estaba manchado de sangre, señal evidente de que

Naudon, en su agonía, había intentado utilizar desesperadamente el aparato para solicitar ayuda.

—Hay que avisar enseguida al sargento Dumier —dije—. Quédate aquí. O si lo prefieres, ve tú. Yo permaneceré aquí, entretanto.

—¿Para qué? —se extrañó André—. Sólo tienes que utilizar el teléfono.

—El auricular está manchado de sangre, ¿lo ves? Podríamos borrar alguna evidencia.

André me miró con admiración.

—Es cierto, no había reparado en ello. Quédate aquí, yo iré a dar el aviso —propuso con un cierto temblor de labios.

Pero no fue necesario que ninguno de los dos se alejara. En aquel momento escuchamos el rumor de pasos acelerados... ¡Alguien ascendía la escalera!

Me asomé al pasillo y vi al sargento Dumier que precedía a dos de sus gendarmes. Detrás de ellos ascendía pesadamente una vieja y obesa señora, que supuse sería *madame* Chontron, la asistente del farmacéutico.

—No deje entrar a esa mujer, sargento —Previne—. Naudon está muerto.

Madame Chontron prorrumpió en grititos de espanto, pero Dumier ascendió rápidamente los últimos peldaños de la escalera y penetró en la alcoba de Emile Naudon.

—¡*Parbleu!* —le oí murmurar—. ¡*vraiment une massacre...*
C'est
!

Le expliqué en pocas palabras el motivo que nos había llevado allí y el encuentro en la oscuridad con el animal que nos había derribado a mitad de la escalera.

Dumier, moreno, inquieto y nervioso, se hizo rápidamente cargo de la situación. Me explicó que *madame* Chontron había llegado, minutos antes, a casa del farmacéutico para servirle la cena.

—Encontró la puerta abierta y se alarmó. Es una mujer mojigata e impresionable, por lo que prefirió correr a la gendarmería antes de penetrar sola en la casa... ¡*Mon Dieu, mon Dieu, pauvre Naudon!*

Los gendarmes se asomaron a la puerta y pronunciaron algo entre dientes al descubrir al farmacéutico tendido en medio de un

charco de sangre. Una cabeza se elevó por encima de los hombros de los agentes... Era *madame* Chontron que atisbaba, curiosa.

Sus ojos se desorbitaron al contemplar la sangrienta escena. La oí exhalar un chillido y... sus noventa kilos de humanidad se derrumbaron con un sordo baque.

* * *

Los ánimos estaban caldeados en Chaux-la-Ville. Las autoridades habían establecido una vigilancia especial en las calles, se veían grupos fuertemente armados por doquier, los viandantes caminaban desconfiados, volviéndose a menudo, y las madres mantenían a los inquietos chavales encerrados en sus casas.

Había una psicosis de temor entre los vecinos de la localidad. La gente rehuía salir de caza e incluso desatendían las labores del campo y de las granjas vecinas.

Los más audaces o los que por obligación debían trasladarse más allá de los límites del pueblo, lo hacían siempre armados, en automóviles y, preferentemente, en grupos.

Por supuesto, se habían suspendido las batidas loberas en las inmediaciones del Coll d'Ambrasse

. Todos tenían el miedo metido en el cuerpo.

Dos días después de su dramática muerte, Emile Naudon fue sepultado. A pesar de que se trataba de un hombre afable, cordial y servicial, que había contado en vida con numerosas amistades, a su enterramiento apenas asistimos tres docenas de personas, entre las que se contaban el doctor Thioller, el juez Lussac, el notario Cullaz, el sargento Dumier, el banquero Millet, los hombres de negocios Gérald Koudre y Paul Saint-Mitchel, Jean-Pierre Grancher, André y yo.

Fue una ceremonia muy triste, que apenas duró veinte minutos. Cuando el cadáver de Naudon reposó bajo una pesada lápida, todos emprendimos el regreso al pueblo, distante poco más de un kilómetro.

Como íbamos a pie, hice lo posible por acercarme al doctor Thioller.

—¿Qué tal la autopsia? —le pregunté sin mirarle, directamente.

Tampoco él me miró al responder:

—Una tragedia. El pobre Emile no pudo defenderse de esa fiera...

—¿Por qué?

—Estaba bajo los efectos de la droga.

—¡Ajá! —Gruñí, satisfecho.

—No vaya a pensar mal, inspector DuBosc —se apresuró a aclarar—. La herida le producía lacerantes dolores, por lo que yo mismo le inyecté una dosis de morfina.

—Ya. ¿Y su cuello desgarrado?

—Fue esa terrible dentellada lo que le causó la muerte. Su tráquea estaba destrozada. ¡Ojalá fulminen cuanto antes a esa horrible bestia! —exclamó, con furor.

Cuando llegamos a la rué Petrie, el grupo que había asistido al entierro se disgregó. La mayoría marchó directamente a sus casas, pues la gente, en verdad, estaba atemorizada. Y tenían motivo para ello.

Monsieur Cullaz, el notario, André y yo entramos en la taberna de Léo Fabré.

Al principio, todos consumimos nuestras bebidas en silencio, pero más tarde las conversaciones se animaron. Alguien propuso intentar una nueva batida, pero la conversación languideció pronto: el miedo era más poderoso que el instinto de conservación.

Luego llegó el grupo formado por Koudre, Saint-Michel y Grancher.

Si, había un personaje irreductible, éste era precisamente Jean-Pierre Grancher. Poco después sus palabras atraían la atención de todos.

—¡Es algo inconcebible! Una bestia temible, sí, un animal satánico, sediento de sangre, que no distingue entre caballos y personas a la hora de matar a dentelladas... ¡Pero yo daría algo por tenerlo al alcance de mi rifle! —exclamó.

No pude contenerme.

—Que yo sepa, ya lo tuvo usted ante su mira, hace pocos días, Grancher —dije en voz alta, de forma que todos pudieran oírme.

Un rumor de risas acogió mis palabras.

Grancher palideció y sus angulosas facciones, demasiado toscas, se tensaron. Luego me dirigió una fría y colérica mirada.

—Fue una desgracia, una verdadera desgracia. Probablemente no hubiera fallado si el pobre Naudon no se hubiera interpuesto, inesperadamente, ante mi rifle —se disculpó, rabioso—. Pero estoy dispuesto a volver al monte y a acabar con ese diablo en forma de lobo carnicero. No podemos permitir que lo de Naudon vuelva a repetirse —violentamente se encaró conmigo—. ¿Qué dice usted a eso, *monsieur DuBosc*?

Probé un sorbo de burdeos. Y largué mi andanada:

—Me parece muy loable su actitud, Grancher... Siempre que alguno de nosotros no tengamos que pagar con una herida el temblor de su pulso —mi interlocutor estrechó los párpados, ofendido—. Y yo mismo estoy dispuesto a echar una mano, siempre que se me trate como a los demás... En cuanto al caso Naudon, parece demostrado que su muerte se debió a la dentellada de un animal de la raza canina...

—¿Es que va a dudar de la palabra del doctor Thioller? —me interrumpió Grancher, despechado y furioso.

—Ni mucho menos: Thioller es un gran profesional. Sin embargo, yo pienso que no fue la dentellada de esa bestia, solamente, lo que llevó a la tumba al excelente Emile Naudon —insistí.

—¿Adónde diablos quiere ir a parar? —vociferó el corpulento Grancher, perdida toda la compostura.

—Se lo explicaré. ¿Ustedes han conocido a algún lobo que tenga la precaución de cortar el hilo del teléfono antes de atacar a su víctima? —pregunté, paseando mi mirada por los rostros de cuantos permanecían atentos a la conversación—. Pues bien, eso es lo que ocurrió en casa de Naudon: alguien cortó el cable telefónico a la entrada de su casa y... el pobre Emile no pudo pedir el auxilio que desesperadamente necesitaba.

CAPÍTULO X

EL día siguiente transcurrió penosamente y monótono. Había intentado establecer comunicación telefónica con Béa Dumier, pero sólo pude hablar con su tía Catherine, la cual excusó a mi deliciosa compañera arguyendo que Béa se sentía muy nerviosa y había decidido permanecer en cama durante todo el día.

Jean-Pierre Grancher había conseguido, por fin, organizar una nueva batida compuesta por doce hombres, que ahora se encontraban en el monte.

Yo no me moví durante todo el día de mi acogedor refugio de Chez Fabré. Sentado junto a una ventana, al pie de la candente «salamandra», hojeando distraído un periódico y dirigiendo fugaces miradas a la carretera de Bantres, se me fue la mañana. Más tarde, Patrie puso en mi mesa una taza de consomé, tras lo cual me sirvió un succulento guiso de conejo, vino tinto de Nochelle y un trozo de pastel como postre.

Las horas transcurrieron lentas y tediosas. En la taberna, unos cuantos jubilados jugaban una partida de naipes. Nadie transitaba la calle; la mayoría preferían permanecer bajo la protección de los sólidos muros de sus casas.

 Por qué no había formado yo parte de la batida a los lobos? Sencillamente, Grancher no se había dignado invitarme. Y cómo era él precisamente quien organizaba todo lo relacionado con la caza...

Al atardecer, vi acercarse en la distancia los automóviles que componían la partida. Llegaron con gran rumor de frenazos, portazos destemplados y blasfemias murmuradas entre dientes.

Luego penetraron en tromba en la taberna y coparon toda la barra. En silencio, trasegaron varias copas de coñac, antes de que alguien comenzase a hablar. Según deduje de lo que o , la batida

había resultado decepcionantemente infructuosa.

Los loberos, fatigados, yertos y desilusionados, no tenían muchas ganas de hablar. Su frustración les impulsaba, sencillamente, a beber sin tasa.

Poco después, vi a Gousquet. Era éste un pintoresco personaje — *garçon pour tout*, le llamaban en la villa—, que normalmente era contratado por los cazadores como ranchero y auxiliar.

Hice una seña a Patrie y ordené un doble de coñac para él. Gousquet, condenadamente despierto, comprendió enseguida y se acercó a mi mesa.

—Siéntese, Gousquet —le invité—. ¿Qué tal se desarrolló la batida?

Movió la cabeza con lentitud y respondió:

—¡Bien *desastreuse*! —Se rasco, nervioso, la grisácea pelambre—. Tratamos de cogerle entre dos fuegos en las loberas de la vertiente... ¡pero nuestro amiguito no compareció a la cita!

Tornó a rascarse con vigor los espesos cabellos de su nuca, y añadió vacilante:

—*Vraiment, monsieur DuBosc*, hay algo que no comprendo.

—¿Qué?

—Como sabíamos que el cadáver de la yegua de *mademoiselle Dumier* estaba en Chateau-Miracle —Béa debía haber hablado de ello a su tío—, propuse que regresáramos por las vaguadas y echáramos una ojeada a la vieja fortaleza.

—¿Lo hicieron?

—Grancher y los otros no querían perder el tiempo dando aquel rodeo, pero les convencí arguyendo que el lobo tenía allí pitanza segura, por lo que resultaba más que probable que le sorprendiésemos dándose un banquete.

—¿Qué ocurrió?

—Encontramos el cadáver cubierto de nieve y, esto es lo más chocante, intacto. Verá, *monsieur*, no soy un hombre muy inteligente, pero ¿no resulta extraño que la fiera desprecie una pieza como esa yegua y se arriesgue a penetrar en el pueblo para atacar al pobre Emile Naudon? —pronunció en voz baja y confidencial.

—Evidentemente —repuse. Pero no agregué ningún comentario más, porque en ese momento advertí que Grancher nos espiaba

disimuladamente.

Gousquet bebió su coñac, me deseó buenas noches y se marchó.

Quedé pensativo, reflexionando sobre la confidencia que Gousquet acababa de hacerme.

Minutos después, el autocar de la empresa Koudre que provenía de Bantres se detuvo en el cruce. André se reunió conmigo poco después.

Mientras pedía café caliente y coñac para él, le vi sacudir la nieve depositada en su anorak. Luego se sentó y me miró con una extraña expresión.

—Tengo un recado para ti, Michel —susurró, con aires de conspirador.

—¿Un recado?

—Un abultado sobre que encontré en mi ropero de la oficina. ¿Quieres que te lo entregue aquí mismo? —preguntó.

—Sí, sí, ¿por qué no? —respondí, muy intrigado.

Mi amigo tomó la cartera de piel que había dejado sobre la mesa, la abrió y sacó un grueso sobre que me entregó.

Leí las palabras escritas con bolígrafo en una de sus caras:

Para entregar a míster Michel DuBosc, en Chaux-la-Ville.

Como me sentía ansioso por conocer su contenido, rasgué el sobre y... contemplé, fascinado, el fajo de grandes billetes nuevos.

—¡Oh, la, la! —exclamé, verdaderamente sorprendido. Y André me dirigió una mirada plena de ansiedad y curiosidad.

Junto con los billetes, encontré una nota, escrita con letras mayúsculas idénticas a las de la dirección del sobre.

Tome el dinero y márchese de Chaux-la-Ville. Será mejor para usted.

Nada más.

Cincuenta mil francos de regalo y un consejo paternal.

—¿Qué es, qué es? —indagó André, muerto de curiosidad. Pero yo guardé apresuradamente el sobre en un bolsillo de mi chaquetón y dirigí una inquisitiva y desconfiada mirada a mí alrededor.

Simulé una alegría que no sentía y encargué a Patrie una cena succulenta. Ante las miradas de todos, reí, bromeé y, sobre todo, comí con más apetito que Pantagruel. (Nunca he podido explicármelo, pero las sorpresas avivan extraordinariamente mi apetito).

A las nueve de la noche, y después de haber trasegado entre André y yo un enorme botellón de champaña de excelente marca, ambos abandonamos Chez Fabré y nos encaminamos a casa.

—¡A mí no puedes engañarme! —barbotó André cuando nos hubimos alejado una distancia prudencial—. Estabas fingiendo, cuando te mostrabas tan locuaz y parlanchín.

—En efecto, querido André, pero era preciso fingir. No te detengas, lleguemos cuanto antes a nuestro refugio —contesté.

Mi amigo me aferró por un brazo.

—¿Tienes miedo... tú? —susurró.

—No... No, por esta noche —repuse, enigmático.

En cuanto nos encontramos en las alturas protectoras de nuestra confortable buhardilla, saqué el sobre con el dinero y la nota y lo entregué a André.

—Entérate por ti mismo.

André abrió un par de ojos como platos al ver el dinero, que contó rápidamente, estupefacto. Pero su asombro fue más allá cuando leyó la nota adjunta.

—Eres un tipo importante, Michel. ¡Intentan comprarte por un buen puñado de miles de francos! —exclamó, admirado—. ¿Qué piensas hacer?

—De momento, interrogarte —André se puso tan rígido que tuve que sonreír—. Vamos a ver, ¿quieres ayudarme?

—¿Cómo puedes dudarlo? —protestó, ferviente.

Dio la vuelta a la mesa, abrió su famoso armario y sacó una botella de viejísimo coñac. Llenas las copas, se sentó, encendió un cigarrillo y apoyó los codos sobre la mesa, concentrada su atención.

—Di.

—Vamos a ver... ¿cuántas personas trabajan en tu departamento? —pregunté.

—Otras tres. Delineantes. Se llaman Depegneul, Dupont y Carvan. Son todos más viejos que yo. Gente honrada, aburrida, buenos trabajadores.

—Supongo que abandonaste en algún momento tu puesto de trabajo.

André hizo memoria.

—Sólo cuando los cuatro salimos para almorzar. Solemos hacerlo en

Jacob's

una brasserie próxima. Imagino que intentas averiguar quién pudo depositar el sobre en mi ropero...

—Sí.

—Pues es todo un jeroglífico, porque mi ropero está aislado de los demás y en ningún momento advertí que alguno de mis compañeros se acercase al mueble, aunque, es obvio, siempre dejamos la puerta abierta.

—¿También la puerta del departamento de delineantes? —indagué.

—No. Antes éramos más desconfiados. Pero se produjo el robo de una carpeta de diseños. Ya sabes, el dichoso espionaje industrial. El caso es que a partir de entonces el conserje cierra con llave la puerta cuando bajamos a almorzar.

Bebí despacio, saboreándolo con fruición, mi coñac y me puse en pie, decidido a meterme en la cama.

—Muy bien, amigo mío. Gracias por tu ayuda —dije. Y comencé a desnudarme, mientras André me contemplaba, lleno de indignación.

—¿Eso es todo? —clamó, dolido—. ¿Es que no puedes confiarme, al menos, lo que piensas?

—No puedo decirte nada... porque nada sé aún. De todas formas, espero que tu ayuda sea de considerable importancia —declaré. Y André se esponjó, satisfecho.

Nos acostamos. Poco más tarde, mi amigo roncaba estruendosamente.

Pero yo permanecí largo rato desvelado. Trataba de hallar una cierta conexión entre el revoltillo de incidentes dramáticos, revelaciones confidenciales, hipótesis más o menos fundadas y el maremágnum de datos que bullían en mi cerebro.

Tenía una o dos ideas. O mejor dicho, sospechas. Pero era demasiado apresurado sacar consecuencias definitivas.

De una cosa sí estaba seguro: a la mañana siguiente me pondría en comunicación telefónica con la comisaría de Bantres.

Había motivos para ello.

CAPÍTULO XI

—Márchese —dijo el comisario Huissond.

—Pero... —murmuré, pasmado de asombro.

—Mire, DuBosc, todo eso que acaba de decirme son necias majaderías —repuso fríamente Huissond—. No creo que haya una mente criminal tras esos dramáticos incidentes de Chaux-la-Ville, sino la demostrada existencia de un lobo solitario, peligroso. Los loberos lo abatirán, antes o después.

—Oiga, Huissond —clamé frenéticamente—. Yo...

—Usted ha visto demasiadas películas, imagino. Es uno de esos seres de fantástica imaginación que en cualquier suceso anodino encuentran una significación poco menos que sobrenatural. Si le digo la verdad, no creo que nadie haya intentado sobornarle. ¡Cincuenta mil francos nuevos! ¡Está loco, es evidente!

—Se equivoca —hice acopio de paciencia—. Tengo...

Pero el comisario no me dejó continuar.

—Tiene algún tipo de manía persecutoria, es evidente. Conozco a las gentes de Chaux-la-Ville muy bien. Componen una comunidad de honrados ciudadanos, emprendedores y muy activos. Ellos sabrán dar cuenta de ese lobo. Dice que le han ofrecido cincuenta mil... ¡Ja, ja, ja!

—¡No me los han ofrecido! Tengo el dinero en mi poder...

—No creo una palabra de ese cuento, DuBosc. Usted es un fabulador... ¡Gástese ese dinero alegremente!

Me enfurecí. El comisario de Bantres no creía una sola palabra de mi informe. Sencillamente: se reía de mí, tomándome por un lunático. Y lo que aún era peor: me conminaba a marcharme.

—Está perturbando la vida de esas tranquilas gentes. Váyase. Haga su maleta y olvide sus locuras, DuBosc —añadió con voz fría y

definitiva—. Si sigue ahí, me obligará a enviar un informe negativo a sus superiores.

¡Y colgó!

«¡Al diablo con todos!», pensé, fuera de mí.

¿De qué valía hacer un favor a Huissond, por qué preocuparme de la seguridad de los habitantes de Chaux-la-Ville?

La cólera bullía en mi pecho con tal intensidad, que dejé de un manotazo el importe de la conferencia sobre la ventanilla de la operadora y salí a la calle barbotando maldiciones.

Subí a la buhardilla, hice rápidamente mi maleta y salí. Minutos después me encontraba en la parada de autocares situada en el cruce, próxima a Chez Fabré.

Algunos de los parroquianos alzaron la mano en señal de saludo cuando tomé el autobús. Otros se limitaron a observarme inmóviles e indiferentes.

Una docena de aldeanas y varios hombres ocupaban el vehículo. Por mi parte, ocupé mi asiento sin saludar a nadie y me recogí en mí mismo, todavía iracundo.

Sin embargo, a medida que el autobús avanzaba por la carretera helada, mi apasionada furia fue cediendo.

¿Cómo podía abandonar ahora? Yo estaba seguro de que existían indicios suficientes para sospechar que en Chaux-la-Ville se habían llevado a cabo actividades criminales.

Por otra parte, no podía alejarme de Béa Dumier sin una explicación. ¿Qué sentía por Béa? *Parbleu*, ¡estaba enamorado!

¡Maldito Huissond! ¿Cómo un policía podía ser tan cegato? Aunque tal vez... el comisario estuviera protegiendo a alguien.

A medida que el autocar avanzaba despacio sobre la carretera nevada y de difícil trazado, llegué a una conclusión: volvería a Chaux-la-Ville, después de pasar el día en Bantres.

Era temprano: apenas las diez de la mañana. Tenía tiempo para muchas cosas hasta que al atardecer tomara el autocar, de vuelta a Chaux-la-Ville.

El trayecto que el vehículo solía cubrir, en condiciones normales, en poco más de treinta minutos, se alargó a una hora, dada la peligrosidad de la ruta.

A las diez y media descendí en la estación de autobuses de Bantres. Desorientado, caminé unos pasos hasta dar con la salida.

De improviso, alguien me detuvo por un brazo. Me volví airado y descubrí a un caballero de estatura mediana, fornido, canoso, que vestía un gabán gris bien cortado y se cubría con un sombrero verde tirolés. Sonreía cordial, no parecía nada peligroso.

—¿Michel DuBosc? —preguntó. Y al ver que yo asentía, hermético, añadió—: Soy el comisario Huissond.

—¡Huissond! —exclamé, entre sorprendido y airado.

—Vamos, vamos, inspector DuBosc. No habrá creído cuanto le dije por teléfono, ¿verdad? Sólo una de mis afirmaciones era cierta: la de que conozco muy bien a los habitantes de Chaux-la-Ville. Una de las personas que mejor conozco es la señorita Noerdinger, la operadora de la central de teléfonos local.

—¿Qué quiere decir? —respondí, huraño.

Pero Huissond me tomó con afabilidad del brazo y me impulsó hacia el exterior.

—*Mademoiselle* Noerdinger es la curiosidad en forma de mujer, amigo mío; una especie de diario local. No hay noticia más o menos epatante que ella no se encargue de divulgar entre las cotillas de sus desocupadas amigas. ¿Va comprendiendo ahora? —inquirió con una sonrisa amigable.

Asentí, confundido.

—Si yo hubiera dado crédito a su informe, inspector, es muy posible que alguno de sus sospechosos lo supiera inmediatamente —añadió—. Ahora... piensan que yo le he tomado por un maniático. Y se confiarán.

—Muy bien —dije—. Debo variar la opinión que usted me merecía. Llegué a pensar cosas horribles de usted, comisario.

—Es lógico —comentó—. Pero ahora ya sabe la verdad. Me interesaba hablar con usted a solas y lejos de Chaux-la-Ville.

Me detuve para encender un cigarrillo. Lancé una bocanada de humo al aire y me volví hacia Huissond.

—No voy a negar que me ha sorprendido, comisario. Quizá yo también le sorprenda a usted. En realidad, yo sabía que mi denuncia sería conocida poco después por determinadas personas. Era eso precisamente lo que me proponía.

—¿Quiere decir que... pretendía ofrecerse como cebo? —inquirió el comisario, estupefacto.

—Algo así —afirmé—. Suponía que mis sospechosos se

apresurarían a actuar.

—¡Pero ésa hubiera sido una maniobra temeraria! —exclamó Huissond, con disgusto—. Si las cosas son como usted sospecha, no se hubieran detenido ante el asesinato. Y con su cadáver, inspector DuBosc, no hubiéramos hecho gran cosa. Yo le prefiero vivo.

—Gracias —sonreí—. Espero vivir aún muchos años... si la suerte me acompaña.

Huissond me guió hasta el aparcamiento, donde se encontraba su automóvil, un utilitario «Citroën». Abrió, me invitó a subir, e hizo la maniobra necesaria para alcanzar la calle.

Atento al denso tráfico de Bantres, Huissond dijo sin mirarme:

—Hable, le escucho. Usted opina que hay una conspiración criminal tras esa historia del lobo sanguinario, pero... ¿qué obtendrían los criminales con sembrar el terror? —preguntó.

—Lo mío son meras hipótesis, comisario. Parten del hecho de que en esta comarca hay numerosos intereses en el contrabando.

—Es cierto. Hace una semana embarrancó un carguero en Timmefolle, a quince kilómetros de Boulogne. Se recibió un «soplo» denunciando que el buque estaba cargado de contrabando y tuve que viajar hasta allí con algunos de mis hombres para examinar la carga, que era legal. Un chasco, como ve. Pero siga, siga, inspector. Lo que estaba diciendo me parece muy interesante —me animó.

—Pues bien: si suponemos que una importante organización está haciendo contrabando entre Calais y París, les interesaría mucho despejar el itinerario que deban seguir los alijos —expuse.

—Sembrando el terror con esas historias de lobos asesinos y «caminantes de la noche», supongo —insinuó Huissond.

—Exactamente. Despejados los caminos y los campos, las granjas y alquerías, incluso el monte, el transporte de los géneros se llevaría a cabo sin ningún impedimento. Si en Chaux-la-Ville —punto crucial entre la costa y París— querían conseguir ese efecto, han obtenido un éxito total: las gentes, llenas de pánico, apenas abandonan el pueblo por motivos graves.

—Muy interesante, muy interesante —comentó el comisario—. Usted piensa que uno de los alijos está escondido en la sima de Chateau-Miracle.

—Sí. Y, probablemente, hay otro en Les Carbonnières, una mina de hulla abandonada, a pocos kilómetros del pueblo.

Huissond frenó ante la comisaría. Nos disponíamos a bajar, cuando me retuvo por un brazo.

—No. Es mejor que nadie pueda verle en mi compañía. A Bantres acuden a menudo gente de Chaux-la-Ville y alguno podría reconocerle. ¿Ha desayunado ya, Michel? —Me trataba ya con mucha más familiaridad. Y debo confesar que yo me sentía muy satisfecho de ello.

—No, comisario. Cuando salí de la central de teléfonos me sentía demasiado furioso para pensar en mi estómago —confesé con sinceridad.

Huissond rió divertido.

—

C'est

bien, le compensaré con un buen almuerzo en Chez Gustaff, amigo mío —me ofreció.

Arrancó inmediatamente y nos alejamos. Media hora después nos encontrábamos cómodamente instalados en una mesa apartada de un típico restaurante nortño.

Entre bocado y bocado, se me ocurrió preguntar a Huissond:

—Dígame, ¿a quién pertenece el carguero que encalló en Timmefolle?

—¿El Dauphin Noir? Es propiedad de un importante personaje. Nada menos que uno de nuestros diputados, el famoso M. Roland Voisin-Yire, que también es presidente de la Chambre de Navigation.

—¡Oiga, oiga! —exclamé, de repente—. Todo esto empieza a cobrar sentido.

—Explíquese.

—Lo haré —bebí un sorbo de vino y dejé la copa sobre el blanco mantel—. Escuche: Voisin-Yire es amigo y socio de Joel Cunard, el director propietario de Cosmeuble et Compagnie, una gran fábrica de muebles de esta ciudad.

—No comprendo. ¿Qué hay de extraño en ello?

—Permítame seguir hablando. He averiguado que los dos socios viajan con frecuencia a Chaux-la-Ville. No sabía cuál era el motivo de sus visitas, pero lo averigüé anteayer, accidentalmente: se entrevistan con mi principal sospechoso, Jean-Pierre Grancher...

—Continúe —rogó el comisario sin desatender su yantar.

—Ese barco embarrancado, el Dauphin Noir, me da que pensar. El contrabando podría estar circulando desde la costa a Les Carbonnières y desde allí a Chateau-Miracle, con posterior destino, a través de las sierras: París o las ciudades de su entorno.

—Es una idea razonable. Pero ¿dónde encaja el Dauphin Noir? Como ya le dije, su carga, absolutamente registrada, fue transportada a Amiens en camiones.

—¿Sigue allí el barco? —pregunté con ansiedad.

—Y seguirá. Aquélla es una zona peligrosa, llena de bajíos rocosos. El barco se destrozó la quilla, hay una gran vía de agua que le mantiene recostado de babor. Continuará allí hasta que los temporales permitan repararlo y remolcarlo a puerto. A menos que el oleaje lo arrastre mar adentro y lo hunda, claro.

Terminé de comer rápidamente y me incorporé.

—¿Adónde va? —preguntó Huissond, intrigado.

—Me parece que no volveré esta noche a Chaux-la-Ville, como tenía proyectado —respondí.

CAPÍTULO XII

—NO entiendo —Huissond parecía haberse contagiado de mis prisas y daba por terminado el almuerzo—. ¿Adónde piensa ir?

—A la costa. Quiero comprobar una de mis confusas sospechas —dije.

—¡Espere! Usted está franco de servicio. Quiero decir que no puede realizar ninguna investigación oficial... si no es en mi compañía y bajo mi responsabilidad —advirtió el muy... chantajista.

—Muy bien —decidí—. Viajaremos juntos. ¿Posee algún medio de hacer de llegar notas mías a un par de personas residentes en Chaux-la-Ville? Me refiero a un medio discreto, naturalmente. Se trata de Béa Dumier y André Cullaz. Compréndalo, se preocuparán por mi causa si llega la noche y no regreso al pueblo.

—Entiendo. Escriba esas notas y démelas. Yo las haré llegar discretamente a sus destinatarios —prometió el comisario.

Saqué mi bloc y escribí rápidamente:

«Querida Béa:

»No estés preocupada por mi causa. Me encuentro en Bantres, realizando unas gestiones. No hables a nadie de mí y rompe o quema esta nota en cuanto la hayas leído.

«Regresaré en cuanto me sea posible.

»Un beso,

»M. DuBosc».

Redacté después otra nota, concebida en semejantes términos y

dirigida a André Cullaz, tras lo cual pedí dos sobres al camarero y entregué los mensajes al comisario Huissond.

—¿Y ahora...? —pregunté.

—Instálese cómodamente, pida café y licores. Yo volveré antes de una hora —me prometió. Y se marchó.

Saboreé el café y un excelente coñac de reserva, sintiéndome más excitado de lo normal.

Era lógico. Mi inquietud se debía al hecho de que yo estaba dejándome llevar por simples intuiciones, corazonadas, como quiera llamársele. Si mis cálculos fallaban, habría hecho perder el tiempo a un hombre tan atareado como Huissond y yo quedaría en ridículo.

De hecho, acababa de acusar sin pruebas a dos personajes del prestigio de Cunard, el dueño de Cosmeuble et Cie., y al diputado Voisin-Yire, su socio.

Por supuesto, también poseía indicios. Por ejemplo, el caso del soborno de cincuenta mil francos. André me aseguró que la puerta del departamento de delineantes se cerraba con llave a la hora del almuerzo. ¿Quién, sino un ejecutivo... o el propio director, podría tener acceso a aquellas instalaciones?

André era un diseñador de Cosmeuble et Cie., Cunard era el propietario y éste a su vez era el socio de Voisin-Yire, el dueño del Dauphin Noir. ¿No se advertía una clarísima relación entre aquellos nombres? Por tanto, no era extraño que yo dejase volar mi fantasía —¿intuición, sexto sentido?— e imaginase... ¡que habían encallado a propósito el Dauphin Noir en la peligrosa zona conocida con el nombre de Timmefolle!

¿Con qué fin? Esto no podía explicármelo aún, pero tenía la esperanza de averiguarlo aquella noche.

Huissond llegó cuando yo daba fin a mi segunda copa de grande réserve.

—Vamos. Dos de mis hombres nos aguardan en un «Land Rover» —indicó.

Pagó la cuenta y salimos. A pocos metros de distancia, vi el «Land Rover». Subimos al automóvil y Huissond me presentó a Prévin y a Dousteau, los dos policías que nos acompañarían a la costa.

—Usted marcará el derrotero. Michel. ¿Hacia dónde vamos? —inquirió el comisario.

—Directos a Amiens. Y de allí al litoral —especifiqué.

Miré la hora. Eran las cinco de la tarde. Teníamos tiempo de sobras para realizar el viaje y buscar una posición dominante desde la que vigilar la costa. Huissond había sido previsor: llevaba un excelente par de prismáticos de campaña para la observación nocturna. Pero sobre el asiento vi también una metralleta

Z-5

, un arma muy eficaz por si los acontecimientos se precipitaban.

El «Land Rover» abandonó la ciudad y tomó la carretera de Amiens, a unos dieciocho kilómetros, dirección noroeste.

Ya en la ruta, Huissond se volvió hacia mí y comentó:

—En cualquier caso, nos encontramos con dos problemas distintos. Si usted está en lo cierto, Michel, desenmascaramos a una red de contrabandistas, pero además tenemos a ese alucinante lobo de Chaux-la-Ville. Porque no me negará que tanto Marceline Charrière como Emile Naudon fueron víctimas de esa bestia. ¿Cree que alguien podría amaestrar de tal modo a un lobo que lo lanzase contra determinadas personas con propósitos criminales?

—No lo sé, aunque ya le referí lo que Béa Dumier me contó acerca de ese perturbado, René Le

Fou-Fou

. Por otra parte —añadí, pensativo—, no creo que se trate de un solo animal. Recuerde los caballos de LeBrin... ¿podría un solo lobo devorar tales cantidades de pitanza?

—Es algo increíble.

—Eso es lo que yo pienso. Además, para ser sincero, no creo que se trate de dos problemas, sino de uno solo —declaré.

Poco antes de las seis estábamos en Amiens. Huissond ordenó al conductor, Prévín, que se detuviese en la ciudad para comprar unos bocadillos y unas cervezas.

—En previsión de que tengamos que esperar demasiado —explicó con una sonrisa cordial.

A las seis y media proseguimos el viaje hacia el norte, siguiendo la carretera a Dunquerque. Huissond se había provisto de un mapa forestal en comisaría, que ahora desplegó y extendió sobre nuestras rodillas.

—Hay un camino a unos veinte kilómetros de aquí —señaló con el dedo—. Es una ruta forestal, escasamente transitada en el buen

tiempo, que nos llevará discretamente hasta el litoral. ¿Qué le parece?

—Excelente. Disponemos de tiempo suficiente.

Alcanzamos el camino forestal al oscurecer. El «Land Rover» se desvió a la izquierda y rodó blandamente sobre un camino de tierra cubierto de hierbajos y de nieve.

Pronto se hizo de noche. El cielo estaba cubierto, augurando una noche cerrada y oscura, pero aún avanzamos muchos kilómetros a través de la ruta forestal, pues el resplandor de la blanca nieve mostraba claramente el camino sin necesidad de encender los faros.

Tuvimos que consultar el mapa en dos o tres ocasiones al detenernos en otras tantas bifurcaciones del camino. Hacia las nueve, la luz era muy escasa y prácticamente avanzábamos con el «Land Rover» al paso de un hombre.

Huissond ordenó detenerse a Prévin cuando las masas forestales clarearon y el camino comenzó a descender con gran pendiente. Nos encontrábamos en la ladera de una colina. Un valle nevado se extendía a nuestros pies, hasta el litoral, distante un par de kilómetros.

—¿Bajamos, Michel? Vamos a echar una ojeada desde esa altura —propuso el comisario señalando la cima arbolada de la colina. Entregó la metralleta a Dousteau, puso en mis manos una linterna.

Bajamos todos y escalamos la pendiente, apoyándonos en los troncos de las coníferas.

Jadeantes y sudorosos, a pesar del intenso frío, alcanzamos la cima. Huissond, apoyado en un grueso tronco, observó la costa a través de los prismáticos.

—Mire —invitó, ofreciéndomelos.

Contemplé el agitado paso de Calais, las olas espumosas que fosforescían con un tenue fulgor verdoso, la abrupta costa... y el Dauphin Noir, recostado sobre su banda de babor apenas a cincuenta metros de la orilla. Lo veía todo tan claramente como si lo tuviese a pocos metros de mí.

—¡Nada! —exclamé decepcionado—. No se ve a nadie.

Huissond rió quedamente.

—No sea impaciente, muchacho. Aún es pronto —consultó la esfera luminosa de su reloj—. Poco más de las nueve.

Aún habremos de esperar mucho, si no queremos volver con las

manos vacías. Prévin —tocó a su conductor en el hombro—. ¿Cree que podría traer hasta aquí su «Land Rover»?

—Sí, comisario. Si ustedes me buscan un paso suficiente entre los troncos de los árboles —respondió.

Dousteau y yo retrocedimos hasta el sendero y escogimos una ruta suficientemente ancha para el vehículo. Prévin puso la marcha reductora y la tracción a las cuatro ruedas y el vehículo ascendió hasta la cima y se detuvo bajo el cobijo de las frondas cargadas de nieve.

Para salir de allí no sería preciso retroceder: ante nosotros teníamos una pendiente suave que conducía al fondo del alargado valle. Más allá aún se elevaban espesos bosques de abetos, cuya masa arbórea contrastaba en negro sobre la nieve impoluta.

—Cobijémonos en el coche —propuso el comisario—. Aquí fuera hace demasiado frío. Por otra parte, desde dentro podremos vigilar perfectamente estos parajes.

Charlamos de cosas sin importancia durante un par de horas. Prévin hablaba de las travesuras de sus tres retoños y el corpulento Dousteau se burlaba amablemente de los apuros de su camarada, pues él era soltero y no tenía muchas prisas por casarse.

Callamos de nuevo, agotados los temas. De improviso, Huissond tocó mi brazo.

—¿Sabe una cosa, Michel? Su insistencia al mencionar ese barco, me impulsó esta tarde a ponerme en contacto con las autoridades de vigilancia costera. Me dijeron que un yate de matrícula francesa, el Phare d'Orgnac

, había embarrancado dos noches atrás en las proximidades de Timmefolle, ahí mismo, muy cerca del Dauphin Noir. Lo extraño es que cuando, de madrugada, se acercaron al lugar dos remolcadores de los guardacostas, con la intención de auxiliarle, el Phare d'Orgnac

no estaba a la vista. Los guardacostas piensan que, quizá, la pleamar le hizo flotar de nuevo y prosiguió su singladura hacia el norte.

—Puede ser —respondí, reflexivo—. O también puede que no encallase, sino que todo fuera una maniobra para acercarse a la orilla y descargar un buen alijo de contrabando.

—¿Habla en serio? Entonces... ¿por qué dieron cuenta por radio

del percance? —arguyó el comisario.

—Para disponer de una coartada si alguno descubría el barco en el litoral, en la orilla. ¿Recuerda a qué hora enviaron su radio los del Phare d'Orgnac?

—A las cinco de la madrugada.

—¡Naturalmente! ¡Cuando habían descargado ya la mercancía! Era el momento oportuno para levantar el vuelo.

—Es posible —Huissond se mesaba el fino mentón, nervioso—. Pero ¿dónde esconderían el alijo?

—En el embarrancado Dauphin Noir —respondí. Y yo fui el primero en asombrarme de mis palabras—. ¡Sí, ahora lo entiendo! Después de ser descargado, ¿quién va a imaginar que en las bodegas de ese buque se esconde un alijo de contrabando? Al fin y al cabo, el depósito no permanecería allí más de unas horas, uno o dos días como máximo, antes de ser trasladado a lugar más seguro.

Huissond se golpeó la rodilla con el puño.

—¿Sabe una cosa, Michel? ¡Creo que ha dado usted en el clavo! Ahora estoy dispuesto a esperar aquí el tiempo que sea necesario aunque... aunque los cuatro nos quedemos helados —exclamó.

—No nos helaremos, comisario —dijo Dousteau—. Me permití la libertad de traer un par de botellas de buen vino y una más que regular petaca de coñac.

CAPÍTULO XIII

Comimos un par de bocadillos en la oscuridad, regados con cerveza y vino. Dentro del coche, la temperatura era tibia, pues Prévin de cuando en cuando ponía el motor en marcha y la calefacción funcionaba a tope. Con el estómago confortado, el vinillo que trajo Dousteau y el cansancio de la larga jornada, me adormecí sobre el asiento.

De repente, alguien me golpeó en las mejillas sin violencias.

—¡Despierte, despierte, Michel! —Era la voz del comisario Huissond—. ¡Mire eso!

Me restregué los ojos, parpadeé.

En la lejanía se veían brillar unas lucecitas titilantes.

—¿Qué es eso? —preguntó, atónito.

Huissond puso en mis manos sus prismáticos. Miré.

Parecían brotar de las violentas aguas del mar. Surgían uno tras otro de una hendidura rocosa y ascendían con paso rítmico y parejo sobre los acantilados de la orilla, hasta alcanzar en procesión la senda que se alejaba del litoral, tierra adentro.

Conté treinta... Cuarenta, cincuenta y cinco personajes en total.

—¡«Los caminantes de la noche»! —exclamé, admirado.

—¡Sí! ¿Se extraña? —respondió Huissond—. Pero dirija su mirada más arriba, unos cien metros a la derecha, siguiendo la costa. ¿Qué es lo que ve?

Al resplandor de las teas que portaban «Los caminantes de la noche», vislumbré las siluetas de cuatro grandes camiones provistos de toldos. Eran vehículos viejos, apenas útiles para la chatarrería... Como los que suelen usar los contrabandistas. Estos vehículos solo suelen aguantar dos o tres viajes, pero en caso de ser aprehendidos por los agentes de represión del contrabando, sus propietarios no

pierden gran cosa.

Un foco iluminó fugazmente las aguas turbulentas de la orilla. Me pareció ver unos botes cargados de fardos que avanzaban rápidamente hacia tierra, procedentes del costado del Dauphin Noir.

—¿Se da cuenta? —exclamó Huissond, satisfecho—. Sus previsiones se van cumpliendo al pie de la letra... Amigo mío, posee usted una intuición poco común y le admiro decididamente. ¿Qué tal si pidiera su traslado a Bantres? Un hombre como usted nos sería de mucha utilidad en esta zona.

—Ya hablaremos de eso después —respondí, sonriente—. Ahora será mejor que no perdamos de vista el movimiento de esos contrabandistas.

Tendí los prismáticos al comisario, que los tomó con un gesto rápido y miró a través de ellos con ansiedad.

—Están cargando los camiones. Y ¡por los lobos de Chaux-la-Ville! Que trabajan rápido esos granujas: acaban de cargar uno de los camiones y se disponen a hacer lo mismo con los restantes —se volvió hacia mí y dijo—: Usted tenía razón, Michel. Mientras «Los caminantes de la noche» se encargan de limpiar la zona de curiosos, sus compinches sacan el alijo del Dauphin Noir. Debemos admitir que son inteligentes.

Entretanto, la comitiva de penitentes vestidos con blancos hábitos talarés avanzaban rápidamente hacia las colinas. ¡Y precisamente en dirección al vallecito que se extendía a nuestros pies!

Pedí a Huissond sus prismáticos y seguí la impresionante comitiva con la ansiedad que pueden imaginarse.

Era una visión espeluznante. Abría el desfile un alto penitente que portaba un rojo estandarte deshecho a jirones, que la brisa hacía ondear violentamente.

Bajo la capucha de aquel fantasmón fulgía espectralmente un rostro descarnado, con las cuencas vacías. Llevaba a la cintura una cadena oxidada, cuyo extremo iba dejando un rastro sobre la nieve.

Detrás, los restantes penitentes seguían la marcha con paso acompasado. Todos ostentaban unas tremendas jorobas, que convertía sus siluetas en algo pavoroso y horripilante, aunque... probablemente las jorobas no eran otra cosa que mochilas cargadas de contrabando.

De todas formas, era evidente que cualquier persona sencilla huiría aterrada en el caso de tener un encuentro nocturno con la tétrica procesión formada por «los caminantes de la noche», cuyos hachones iluminaban fantasmalmente el piso nevado.

—¿Qué esperamos? —exclamó el impetuoso Dousteau—. ¡Salgárnosles al encuentro!

Pero Huissond refrenó sus impulsos.

—Cálmese, Dousteau. Son cincuenta y cinco hombres, ¿se da cuenta? No sería improbable que fueran armados... Una refriega con ellos sería una temeridad. Antes de que no nos interesa desenmascararlos ahora. ¿No opina lo mismo, Michel? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—Por supuesto. Esos tipos no son sino comparsas a sueldo. Pero hay otros personajes detrás... Los que en verdad organizan esta clase de negocios. Es a ellos a los que tenemos que coger in fraganti —opiné.

—Justamente —me apoyó Huissond—. Creo que ahora sólo nos resta, por esta noche, comprobar si verdaderamente existen los depósitos a los que usted aludió en Chateau-Miracle y Les Carbonnières. Posiblemente consumiremos las horas que restan hasta el nuevo día en ellos, pero es aconsejable actuar rápidamente si queremos tener éxito.

—Me empieza usted a convencer como jefe, comisario Huissond. Esperemos a que se alejen «Los caminantes de la noche» —propuse.

La comitiva ascendía a buen paso, valle adelante, para ganar, sin duda, el desahogado paso entre las dos colinas arboladas. Pedí el anteojito y contemplé aquellos rostros descarnados y hieráticos que parecían tallados en cuero viejo.

A medida que se aproximaban —pasarían a unos ciento cincuenta metros de distancia de nosotros— pude escuchar la triste y fúnebre salmodia que entonaban. Y puedo jurar que a pesar de saber que eran seres de carne y hueso disfrazados, no pude evitar un escalofrío de supersticioso temor.

«Los caminantes de la noche», según la leyenda, pretendían ser las ánimas de los marineros ahogados en el mar, en pecado mortal, que deberían errar siglos enteros por montes y bosques hasta purgar los errores que en esta tierra cometieron en vida.

La procesión nocturna se alejó cuesta arriba. Su rastro iba

quedando claramente marcado en la nieve.

—Imagino que los camiones, cargados con el alijo, seguirán la misma ruta —observó en aquel momento el comisario.

—Eso es lo que yo pienso. Los fantasmones van marcando los pasos que los vehículos deberán seguir hasta alcanzar las rutas forestales. Tardarán mucho en alcanzar su destino, me imagino. Con todo, será mejor que retrocedamos para cogerles la delantera antes de que tengamos un encuentro accidental con los del hábito y las cadenas —dije.

Dousteau y yo bajamos del «Land-Rover» y comenzamos a descender la pendiente. Nuestras linternas, dirigidas hacia el suelo, iluminaban el camino que Prévín, marcha atrás, debería seguir con su coche para alcanzar la senda.

No mucho más tarde, el vehículo rodaba a escasa velocidad a lo largo de la ruta del bosque. No tardó mucho en ponerse a nevar y Prévín se vio obligado a encender las luces antiniebla. Por fortuna, nos habíamos alejado ya varios kilómetros y las masas de los abetos nos protegían.

Miré mi reloj... era la una de la madrugada. A aquel paso, las previsiones no eran muy halagüeñas para mí: pasaría la noche en vela viajando por rutas heladas y peligrosas.

Añoré la tibia protección de la buhardilla, la compañía de André Cullaz y, sobre todo, la presencia entrañable de mi deliciosa Béa Dumier, que aquellas horas dormiría confiadamente entre sus tibias sábanas.

¡Diablos de profesión...! Por fortuna, Dousteau me ofreció en aquel momento su gruesa petaca de coñac: con el trago se esfumaron mis sombríos pensamientos. El licor me confortó y me sentí mejor.

A las dos y cuarto llegábamos a Bantres.

—¿Qué dirección debo seguir, comisario? —preguntó Prévín, amodorrado.

Temiendo que se quedase dormido al volante, propuse:

—Déjeme conducir a mí y descanse atrás, Prévín.

A cuatro kilómetros de la dormida Chaux-la-Ville, me desvié a la derecha y tomé el difuso camino que, a través de un robledal, conducía a la vieja fortaleza conocida por Chateau-Miracle.

No podía apagar los faros antiniebla, porque los copos, enormes

y abundantes, me hubieran impedido seguir avanzando. Como compensación, si había alguien por los andurriales, la nevada nos ocultaría a su vista.

Me extravié un par de veces y tuve que retroceder y buscar la ruta correcta. De todas formas, a las tres el «Land-Rover» escalaba la empinada pendiente que terminaba ante el castillo.

Apagué los faros. Prévin se había dormido y hubo que despertarlo. Cuando descendíamos del coche, dije a Huissond:

—Busquen una sog a o un cable. Creo que vamos a necesitar algo así.

—No hay sog a —respondió Prévin, adormilado—, pero sí, una escala de nylon. ¿Le servirá?

—Eso espero —respondí. Y les guié con mi linterna hacia la rampa.

Nos aproximamos con precaución al ancho boquete de la sima y dirigimos los haces luminosos de nuestras linternas hacia abajo.

A unos cuatro metros de profundidad, vimos la lona plastificada que cubría unos bultos de considerable volumen.

Nos miramos indecisos.

—Habr á que bajar, si queremos saber lo que hay ahí debajo — dije.

Pero Prévin se volvió de un brinco.

—¡Miren! —exclamó. E iluminó con su linterna el cadáver destripado de la yegua de Béa.

Un escalofrío recorrió mi espalda al contemplar aquel cuerpo materialmente devorado y despanzurrado a dentelladas.

CAPÍTULO XIV

—Los lobos han estado aquí hace pocas horas —indicó Dousteau—. Pueden comprobarlo: apenas hay nieve sobre esas piltrafas.

—¡Pero ahora no hay lobos, Dousteau, y usted tiene una magnífica metralleta entre las manos! —exclamó Huissond, enérgico.

—Tiene razón, comisario —le apoyé—. Sujeten el extremo de la escala y yo mismo bajaré a echar un vistazo.

La escalera era larga y resistente: tenía unos diez metros de longitud. Pero ¿cómo afianzarla? El suelo era liso y el muro más próximo se encontraba a más de diez metros de distancia.

—Yo la sujetaré —afirmó Dousteau. Y dejó la metralleta en el suelo, afianzó un pie en el extremo opuesto del boquete y pidió—: Sujétenme por la espalda —lo que se apresuraron a hacer el comisario y el conductor.

Guardé mi linterna en el bolsillo del chaquetón y comencé a descender con precaución. Unos segundos después me dejaba caer suavemente sobre la blanda lona.

Encendí la linterna, pero no era necesario: desde arriba mis camaradas enviaban un chorro de luz.

Alcé la lona y descubrí los fardos impermeabilizados. Con mi navajita hice una incisión y descubrí el contenido: cartones de cigarrillos ingleses.

Rápidamente, fui amontonando los fardos sobre un extremo para calcular la importancia del alijo. Conté hasta setenta fardos que rellenaban el pozo en un grosor de tres metros.

Cuando llegué al fondo descubrí el piso de tablones. Habían apoyado seis vigas de hierro en los salientes de los muros opuestos y cerrado con tablones, de modo que disponían de una plataforma

de cuatro metros por cuatro y una altura de nueve metros.

Me moví en aquel caos de fardos y en aquel momento un tablero basculó bajo mis pies y noté que me hundía.

—¡Cuidado, Michel! —gritó su aviso el comisario desde las alturas.

Perdí el equilibrio, pero logré aferrarme desesperadamente a una viga de hierro. El tablón se inclinó verticalmente y desapareció en la abertura. Unos segundos —demasiados— después se escuchaba el estrépito producido al chocar contra el profundo fondo.

—¡Dios santo, Michel, ha estado a punto de...! —barbotó Huissond—. ¡Suba, suba enseguida! Ya sabemos lo que nos interesaba.

Cogí dos cartones de tabaco, me los metí en los bolsillos y ascendí por la escala. Un suspiro de alivio se escapó de los labios de mis camaradas cuando llegué arriba.

—He cogido un par de cartones como prueba —declaré—. Y ahora, en marcha. Me parece que aquí hemos terminado.

Descendimos la rampa y volvimos al «Land-Rover», que conduje con gran precaución cuesta abajo. Entretanto, el comisario Huissond se comunicaba por radio con la comisaría de Bantres. Estaba dando instrucciones para que se montase una vigilancia especial y discreta alrededor de Chateau-Miracle. Si alguien descargaba o cargaba fardos en el pozo, sería arrestado inmediatamente y conducido a Bantres con las mayores precauciones y sin la menor publicidad.

A las cuatro y diez de la madrugada alcanzamos la carretera que unía Bantres con Chaux-la-Ville.

Yo sabía cuál era nuestro segundo punto de destino: la mina abandonada llamada Les Carbonnières.

Para llegar allí, rodeé la población a suficiente distancia, rodando a campo traviesa a escasa velocidad.

Dousteau viaja detrás y tenía en sus manos uno de los cartones de cigarrillos. Lo manoseaba, le daba vueltas, lo miraba con ansiedad.

—¿Sería un abuso fumar unos cuantos cigarrillos de éstos, jefe? —estalló al fin. Pero yo me anticipé a Huissond.

—¿Por qué no? A mí también me gustan los cigarrillos rubios.

Creo que nos lo hemos merecido. ¡Abra un paquete, Dousteau! —le animé.

El policía rasgó el papel celofán, abrió el cartón y sacó un precioso paquete de cartulina dorada. Un momento después se lo tendía a Huissond con un seco:

—¡Gracias! ¡No es bicarbonato lo que necesito!

Frené en seco. Atónito, el comisario miró la bolsa de plástico que Dousteau acababa de entregarle. Pellizcó la bolsita, vertió un poco de polvillo blanco en la palma y tomó una pizca que se llevó a los labios y escupió seguidamente.

—¡Cocaína! —exclamó, asqueado.

* * *

Dejamos el coche a cincuenta metros del lavadero de mineral y descendimos con precaución de los montones de escorias que cubría una gruesa capa de nieve.

Abajo estaban los viejos galpones destartalados, las oficinas, los montones de traviesas podridas, las vías... y la entrada principal a la explotación minera Les Carbonnières.

Bajamos silenciosos, separados tres metros unos de otros. No llevábamos encendidas las linternas. Había cesado de nevar y el cielo se había aclarado. Sobre el blanco manto de la nieve se podía caminar sin error a tropezar con algún obstáculo.

Prévin me detuvo por un brazo cuando atravesamos las vías, ya en desuso desde largos años atrás.

Encendí la linterna... Era un hueso, un enorme hueso pelado y mordisqueado, que debía corresponder a un cuadrúpedo de gran tamaño, un caballo o una vaca, con toda probabilidad.

El hallazgo nos impresionó. Furtivamente, dirigimos miradas desconfiadas hacia la bocamina.

—No es nada —restó importancia Huissond al asunto—. Cualquier perro sin dueño lo olvidó ahí. ¿Vienen?

Avanzamos. El comisario y yo caminábamos delante, Prévin y Dousteau detrás, con las armas en la mano.

Penetramos en el túnel. La amplia galería describía una gran curva a la derecha a los pocos metros, siguiendo, sin duda, las caprichosas líneas de la veta de mineral.

Nuestros pasos resonaban multiplicados en la galería subterránea. Dentro se perdía fácilmente la noción del tiempo... ¿Cuánto habíamos avanzado? Miré mi reloj y comprobé que sólo habían transcurrido quince minutos. Pero a mí se me antojaba que llevaba ya toda una eternidad bajo tierra.

Previamente había advertido a Huissond que nuestra inspección en la mina debía ser breve. Habíamos perdido demasiado tiempo en Chateau-Miracle y el convoy de los camiones de los contrabandistas podría llegar a Les Carbonnières y sorprendernos dentro de la mina. Había que ser rápidos y abandonar el lugar cuanto antes.

La galería se hizo más amplia hasta desembocar en una especie de rotonda circular de la que partían tres galerías más reducidas que la principal. La de la izquierda estaba tapiada con tablones, como suelen hacer los mineros cuando hay algún desplome o como advertencia de la proximidad de un pozo peligroso.

—Dividámonos —estaba proponiendo Huissond—. Dos por una galería y otros dos por la otra. Si ocurre algún imprevisto, griten sin remilgos.

Fue entonces cuando llegó a mi nariz aquel olor hediondo. Inmediatamente lo asimilé con el que despedía el lobo que destrozase de una dentellada la garganta del farmacéutico Naudon. Era el mismo hedor del que André había tratado de librarse refregando furiosamente su rostro con un pañuelo.

—Yo iré con Prévin, usted con Dousteau, Michel. Aprisa.

Nos separamos y avanzamos medrosamente a lo largo de la angosta galería.

Bruscamente resonó el gruñido a nuestra espalda. El aire se desplazó sobre mi nuca y algo me empujó violentamente adelante.

Llevaba mi «Beretta» automática en la mano derecha y la linterna en la izquierda, pero perdí ambas cosas cuando caí de bruces sobre la vía.

Aquel insoportable hedor impregnó mi olfato cuando la fiera se abalanzó sobre mí. Mi chaquetón de cuero se desgarró como si fuese de papel y vi brillar dos rojizos ojos fosforescentes.

Detrás de mí, Dousteau permanecía rígido, con los dedos engarfiados en la

Z-5

. Comprendí que era incapaz de reaccionar y me revolví

desesperadamente. ¡La enorme cabezota babeante...! No sé cómo lo hice, pero lo cierto es que mis pulgares se hundieron sin misericordia en los ojos que fulgían como claros rubíes. Inmediatamente salté hacia atrás y grité a Dousteau:

—¡Dispare, dispare! —Un momento antes de que restallase la ráfaga y el animal cayese sobre la vía, muerto.

Oímos una carrera. Prévin y Huissond llegaron a la carrera. Contemplamos el gran cuerpo peludo y Dousteau exclamó:

—¡No... es un lobo! ¡Es... un perro!

—Vámonos de aquí —jadeé—. O nos pillarán indefensos.

Recogí la linterna y la «Beretta» y retrocedimos apresuradamente.

—¡Fíjense! —exclamó Prévin, al llegar a la rotonda. Y señaló los tablones caídos que dejaban un regular boquete en la galería condenada.

Oímos un aullido. Y un gran mastín de pelaje hirsuto y largos colmillos brotó de aquel boquete y gruñó sordamente, dispuesto a arrojarse sobre nosotros. Huissond lo despachó de un certero balazo en la cabezota y el animal cayó a tierra fulminado.

—No son perros normales. Parecen... —murmuró Dousteau. Pero le hice callar con un ademán perentorio, pues acababa de oír un crujido al otro lado de la galería tapiada con tablones.

Apagamos las linternas y permanecemos en absoluto silencio. Luego se oyó una respiración entrecortada, el roce de unas ropas sobre las maderas... Y encendimos las linternas.

—¡Le

Fou-Fou

! —exclamé, asombrado, reconociendo al loco, que encorvado, y con los ojos brillantes, desgreñado, parecía una fiera salvaje más.

Douston le agarró cuando Le

Fou-Fou

trató de retroceder a través del boquete y en un abrir y cerrar de ojos le esposó las manos a la espalda.

Penetramos a través del bajo portalón, salvamos un montón de vigas apiladas y... oímos los gruñidos salvajes de una docena de perros encerrados en jaulas de hierro.

Eran animales de gran alzada, pelaje duro, enormes colmillos y salvajes ojos reflectantes inyectados en sangre. Allí olía a diablos.

—Perros asilvestrados, he ahí la explicación —suspiró Huissond, relajando sus tensos músculos—. Posiblemente los mantienen sin comer durante varios días y luego... los sueltan, cuando les conviene.

Un tramo de más de treinta metros de galería estaba ocupado por pilas de fardos. El alijo, en total, debía pesar más de veinte toneladas. Cigarrillos ingleses también; en algunos de los cartones, una cajetilla contenía una bolsita con cincuenta gramos de cocaína, pura al noventa por ciento.

Detrás de nosotros, Dousteau acogotaba fácilmente a René Le Fou-Fou

, que se encogía sobre sí mismo como un gozquecillo desvalido. Pero en sus ojos grises había un brillo de inteligencia.

—Tú no eres tan tonto como simulas, Le Fou-Fou

—le dije—. Y vas a contarnos cosas, muchas cosas. Pero no aquí. ¡Vámonos!

CAPÍTULO XV

EL día vino lentamente, como un fulgor gris que ponía un relumbré incierto sobre el suelo nevado.

Desde nuestro escondite veíamos el afanoso trajín de los descargadores, ansiosos por terminar su tarea antes de que la clara luz de la mañana los sorprendiese en la explanada que antecedió a la bocamina.

«Los caminantes de la noche» se habían desembarazado sumariamente de sus máscaras, hábitos y cadenas y cargaban a la espalda enormes fardos impermeabilizados, que la vagoneta montada sobre los raíles se llevaban hacia el corazón de la mina.

Al fin, el último camión que faltaba por descargar quedó vacío. Prévin sacó el carrete impresionado de su cámara fotográfica e introdujo uno nuevo, virgen.

—¿Los ha tomado a todos? —preguntó el comisario Huissond.

—Eso espero —respondió el policía—. Con todo, estoy seguro de haber tomado algunos excelentes primeros planos. He reconocido a algunos: gente desocupada y aventurera de Bantres y Chaisville. Los encontraremos fácilmente, en cuanto nos lo propongamos.

—¡Chissst! —exigí—. ¡Se marchan!

En efecto. Los descargadores arrojaron sus disfraces a uno de los camiones arrojaron una paletadas de nieve sobre las vías y subieron sin prisas a los vehículos.

Oí claramente como uno de ellos decía a los demás antes de subir a la cabina del camión:

—¡Es extraño! ¿Dónde se habrá metido ese condenado de Le Fou-Fou

?

—No te preocupes. Ya sabes que es un borrachín. Estará

durmiéndola en cualquier rincón. Nosotros ya hemos hecho lo nuestro. ¿Qué esperamos?

Lentamente los cuatro camiones emprendieron la marcha, cansinos y asmáticos, pendiente arriba hasta alcanzar el camino que les devolvería a Bantres.

—No vienen —susurró Huissond, inquieto—. Ese loco ha sido capaz de huir.

—No lo creo —repuso con aplomo—. Le convencí de que era mejor para él colaborar con nosotros.

Nos encontrábamos a quince metros del suelo, en el interior de la destartada cabina de una vieja y oxidada grúa. Amontonados, apretados, tiritando y ansiosos.

Transcurrió media hora. En la forzada postura, dentro de aquel angosto cuchitril, mis piernas doloridas parecían a punto de estallar. Pero me consolé pensando que igual les ocurría a Prévin, Dousteau, Huissond, que eran mayores que yo.

—Dormiré tres días cuando termine este condenado asunto —rezongó Allain Dousteau.

Huissond le asestó un codazo en la tripa.

—¡Silencio! Acabo de oír algo —siseó el comisario.

Me encogí de hombros. ¡Qué más daba! Podían ser los gendarmes de Bantres, a quienes habíamos prevenido por radio poco después de ocultar nuestro «Land-Rover» en el robledal próximo. O el sargento Dumier y sus hombres, que también habían sido avisados por radio. Pero, por desgracia, no esperaba que los «peces gordos» cayeran en nuestra red.

—¡Ssss! —repitió el comisario.

Oí un petardeo próximo y me asomé a través de las rendijas de nuestro gélido cobijo. Huissond me tendió silenciosamente los prismáticos.

El «Ford-Ranchero» rojo de Jean-Pierre Grancher se acercaba...

—Grancher. Koudre, Saint-Mitchel... ¡el ganadero LeBrin! Y... Edouard Millet, de la Banque Du Nord —fui nombrado en voz baja y contenida, a medida que reconocía a las personas que se aproximaban dentro del coche de Grancher.

Pero... ¿y los otros?

El «Ford» de Grancher cabeceó al descender vertiginosamente la cuesta que conducía a la mina.

—¡Le

Fou-Fou

! —exclamé, al reconocer la canosa cabeza que emergía entre los anchos hombros de LeBrin y el transportista Koudre, en el asiento trasero del coche de Grancher.

En aquel momento advertí un destello plateado en la última curva del camino... ¡El flamante «Lincon-Continental» de *monsieur* Cunard!

Procuramos contener la respiración cuando el imponente automóvil descendió con lentitud la pendiente y se detuvo con suavidad al lado del «Ford-Ranchero» de Jean-Pierre Grancher.

En aquel momento, todos descendieron de los automóviles. Joel Cunard y Roland Voisin-Yire, pálidos, despeinados, pero elegantemente vestidos con caros gabanes, se enfrentaron al corpulento Grancher.

—Espero que pueda explicar esto de forma conveniente, Jean-Pierre... ¡Sacarnos de la cama a estas horas! —exclamó el diputado, desabridamente.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —respondió Grancher, violento—. Somos socios, ¿no? Cada uno de nosotros tiene una determinada participación en los beneficios, ¿no es cierto?

—Cálmese —le aconsejó Cunard—. ¿Qué es lo que ocurre, en resumen?

Grancher se volvió y agarró salvajemente a Le Fou-Fou

por las malolientes ropas y le arrastró ante los distinguidos personajes llegados en el «Lincoln».

—Este estúpido me despertó hace una hora. Asegura que la galería Caroline se ha hundido, con todo el alijo —explicó, frenético—. Oí a los camiones, hace apenas cuarenta y cinco minutos, camino de Bantres. ¡Pero él jura y perjura que el piso ha cedido y todo se ha ido al diablo! ¿No creen ahora que debemos comprobar si dice la verdad? Yo no puedo hacerme responsable de todo. He hecho ya bastante... Cosas que pueden causar mi perdición —clamó Grancher, descompuesto.

—Por favor, por favor, cálese —suplicó Cunard—. Entremos. Veamos qué tía ocurrido, en verdad.

Precedidos por un tambaleante Le

Fou-Fou

penetraron en la mina. Inmediatamente, vi un movimiento en el robledal... ¡El sargento Dumier y sus seis gendarmes!

—Un «bravo» por la policía local —susurré, alegre. Y descendimos de la destartalada cabina en el momento en que Dumier y sus hombres alcanzaban la explanada surcada por las vías oxidadas.

Pocos minutos después llegó un autocar con cuarenta gendarmes, procedente de Bantres. Pero no iba a hacer falta tanta gente.

* * *

Béa leyó el periódico en casa, veinticuatro horas después de que yo me fuera, exhausto, a la cama.

Inmediatamente, mi linda compañera corrió al dormitorio de su tía Catherine y le metió el diario por las narices. Como *madame* Dumier estaba en ese instante llevándose una tostada untada de mermelada a los labios, pueden imaginarse fácilmente la tragedia...

Cuatro agentes de la Sécurité desarticulan una poderosa organización criminal dedicada al tráfico de narcóticos en gran escala.

Michel DuBosc, inspector de la Sécurité National, el comisario...

—¡Ése es mi hombre! —exclamó Béa, triunfante. Y se recluyó en el baño. A aquella misma hora me despertaba mi entrañable amigo André Cullaz. Después de poner en mis rodillas una bandeja con un tazón de café con leche y una fuente de deliciosas galleta caseras, me miró como se mira a un traidor y masculló:

—No sé si seguir considerándote mi amigo. ¡Después de todo esto!

—¿Quéeee?

—Me mantuviste adrede al margen de todo, impediste que participara en el «rollo», me ocultaste tus impresionantes descubrimientos, pero... me utilizaste cuando te fui útil —fue detallando con reproche—. Ni siquiera me dijiste que el hombre que me pagaba era un delincuente.

—¿Cóoomo?

—Fuiste a Timmefolle sin avisarme, bajaste al pozo de Chateau-

Miracle, te metiste en la mina Les Carbonnières y... ¿cuántas cosas más? —exclamó lastimero.

—Sólo yo las conozco —pronuncié con voz grave y engolada—. Misterios insondables, incógnitas sin fin, secretos que dejarían helado de espanto a un hombre tan... tan sólido como el sargento Dumier.

—¡*Mon dieu!* —se lamentó—. ¿Para quién, entonces, guardas tus confidencias? Estoy ansioso por saber qué ocurrió en Les Carbonnières... El periódico informa casi telegráficamente de la detención de algunos personajes, pero no aclara nada, no especifica, no resuelve, no... ¿Para quién guardas tus secretos, di?

Salté de la cama y me vestí rápidamente. Y señalé a André con un dedo.

—Para ti, si dejas de decir tonterías. Y también para alguien que... me parece está subiendo en este momento la escalera —dije.

Y me embutí apresuradamente el pantalón. Un momento después, Béa penetraba en la buhardilla y se precipitaba impulsivamente en mis brazos. Me besó, me cubrió de lágrimas, me estrujó...

—*Allons, allons*, calmaos —hice oír mi voz—. Dejadme afeitarme y vayamos a Chez Fabré. Allí, si sois juiciosos, os lo explicaré todo.

* * *

Un considerable grupo de personas se reunió alrededor de nuestra mesa. El doctor Thioller, el sargento Dumier, Léo Fabré, Patrie, el notario Cullaz y muchos más, incluida *madame* Chontron, impenitente chafardera... a pesar suyo.

—Que se trataba de perros asilvestrados que Le Fou-Fou

cazó con sus trampas, está claro —dijo el doctor Thioller—. Pero ¿y las huellas de auténtico lobo que descubrimos en los alrededores de la granja LeBrin?

—Encontramos dos cosas en el coche de Grancher: el zapato correspondiente al pie derecho de Marceline Charrière, a la que Jean-Pierre asesinó en su propia casa, después de una orgía, en unión de Cunard, su guardaespaldas, y el diputado. También encontramos cuatro patas de lobo. Disecadas.

—¡Increíble! Marcaron falsas huellas sobre la nieve... —exclamó André—. Pero ¿y los aullidos? Tú y yo los oímos, Michel.

—Encontramos un completo equipo estereofónico en el Coll. Tenía una cinta magnetofónica continua, que se ponía automáticamente en marcha al anochecer y se desconectaba al llegar el día —anunció Dumier, triunfal. (Y Béa me oprimió cariñosamente un muslo bajo la mesa).

—Esto fue lo que le costó la vida a Naudon —intervine—. El sospechaba de Grancher. Cuando oyó, muy próximo, el aullido, comprendió que se trataba de una superchería. Por eso corrió hacia el lugar donde se encontraba el equipo estereofónico. Grancher no dudó en disparar contra él. Quiso matarle, pero no lo consiguió. Luego dio órdenes a Le

Fou-Fou

para que soltase a uno de los feroces perros hambrientos dentro de la casa de Naudon, de cuyas llaves había obtenido subrepticamente una copia.

Un escalofrío de horror recorrió a todos mis oyentes. Pero el insaciable André volvió inmediatamente a la carga, ansioso por saber.

—Pero la sangre que empapaba la granja de Jules LeBrin...

—Tú mismo notaste la anomalía: los lobos la hubieran lamido. Pero no fue así porque LeBrin degolló a sus propios animales, mientras Grancher traía a seis perros asilvestrados en sus jaulas. Los animales estaban hambrientos y destrozaron los cadáveres de los caballos sin detenerse en minucias —expliqué.

—Finalmente —volvió a la carga mi amigo—. ¿Qué ocurrió cuando esos criminales penetraron en la mina? Al parecer, Voisin-Yre se suicidó.

—Así es —asentí sin alegría—. Cuando el grupo formado por mis compañeros y los hombres del sargento Dumier, les sorprendimos en la rotonda, Grancher intentó disparar su rifle, pero... En fin, el sargento Dumier se lo contará.

Dumier se aclaró la garganta. (En secreto, Béa pellizcó mi muslo de nuevo).

—Sí, fue un final dramático —narró el sargento—. El inspector Dousteau tuvo que disparar su metralleta y Grancher cayó. Los demás no opusieron resistencia. Cuando estábamos esposándolos, el

señor Voisin-Yire dio un grito. Nos volvimos hacia él y le vimos sacar una pistolita... Se la llevó a las sienes y disparó. Se voló la cabeza, en una palabra.

—¿Y los demás? —insistió tozudamente André.

—Están en prisión. Les esperan considerables condenas —respondí. Pero de pronto me rebelé—. Ea, ya está bien de tragedias y relatos escalofrantes. ¡Léo sirva vino y cerveza a todo el mundo! ¡Patrie, una cena para todos los que estamos aquí! ¡*Mon Dieu*, estoy ansioso por divertirme y ustedes quieren aguarme la fiesta! —exclamé, defraudado.

Béa me estrechó por la cintura. Tenía una expresión radiante y... plena de deseo.

—Tienes razón, *mon amour*. ¡Fuera penas! ¡Divirtámonos! —gritó, exultante de gozo y de orgullo.

En pocos minutos, la tensión ambiental se transformó en fiesta. Bebimos, comimos, charlamos, bromeamos.

En un momento dado, André se acercó a mí con aquella cara de conspirador que yo conocía bien.

—Michel —susurró—. ¿Y los cincuenta mil francos que te traje? Me quedé sin respiración.

—Están en su armario de la buhardilla. Los había olvidado —respondí.

—Oye —bajó la voz—. ¿Y si nos los gastásemos en una juerga?

—¡Golfo! —le grité. Y prorrumpí en una carcajada.

Más allá, Gousquet se alejaba hacia la puerta haciendo eses y lanzando estrepitosos erupitos. Pasmado de asombro, oí murmurar al viejo batidor:

—¡*Merde*! ¡Ya no quedan lobos en el Coll

D'Ambrasse

...!

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS*

100 000

, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] *Flic*: policía, en el argot parisiense. < <

[2] Una marca de cigarrillos negros franceses. < <

[3] Forma de enajenación mental, en la que el paciente se cree convertido en hombre lobo. < <

[4] *Fou*: significa, en francés, *loco*. < <

[5] *Móme*: significa *chicuelo*, en francés. < <

[6] «El lobo», en francés. < <